



2 400 40



MADE IN SPAIN

Handwritten markings, possibly a date or code, including the number '40' and some illegible characters.

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

ELOGIO

DE

DON MARIANO ALVAREZ DE CASTRO.



R/23 090

DISCURSO

en elogio del Teniente General

DON MARIANO ÁLVAREZ DE CASTRO.

LEIDO ANTE

LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA,

EL DÍA 9 DE MAYO DE 1880,

POR

D. JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO,

ACADÉMICO DE NÚMERO.



MADRID:

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE ARIBAU Y C.^{ta}

(SUCESESORES DE RIVADENEYRA).

Duque de Osuna, núm. 3.

1880.

SEÑORES :

Suenan en la Historia nombres cuya significacion entraña la de la época toda en que figuraron los que tuvieron la fortuna de llevarlos. Son éstos como el compendio de cualidades que así caracterizan una nacionalidad ó una raza, como el tiempo á que los sucesos imponen el sello que despues se marca indeleble en las fases todas que retrata la Historia.

La virtud militar ofrece hoy rasgos muy distintos que en otras edades, siendo siempre la misma; el patriotismo busca en los motivos que lo provocan forma con que exhibirse; la lealtad, el espíritu religioso, la abnegacion, exigen, para revelarse, condiciones á cada paso diferentes, y el talento necesita teatros

segun sus infinitas capacidades. Las variaciones en el estado social y de las costumbres, civilizacion diversa y cien otras causas que holgarian de enunciarse aquí, han señalado tambien rumbos tan sólo parecidos á los anteriores en la meta á que se dirigen, á saber: el mejoramiento de la humanidad, la salud de la patria y los intereses colectivos é individuales.

Y, sin embargo, al ponernos á comparar edades con edades, la impresion primera que nos asalta es la de una tristeza como envidiosa del fulgor que irradian ciertas figuras en la antigua, más brillantes que en las nuevas eras, por razon, sin duda, de la oscuridad, á veces densísima, en que se las ve destacarse. Decia Montros al célebre cardenal de Retz, *que ciertos héroes no se veian ya más que en las vidas de Plutarco*. Cuanto tenga á esas figuras parecido se realza, pues, en nuestra imaginacion; y alcanza un gran triunfo quien resista el paralelo, con sólo, fundado ó no, obtenerlo de la opinion más ó menos general y extendida.

Así llamamos guerra antigua á la moderna que ofrezca alguno de los caractéres generales que resaltan en las de los tiempos pasados de nuestra Historia, y nos echamos á buscar puntos de comparacion entre ellas, áun cuando hayamos de condensar su

duracion en unas, subvertir el orden de sus más importantes peripecias en otras, y en no pocas desatender aquello que tenga significacion más elocuente en el lenguaje de la ciencia y para el exámen y juicio de los sucesos que las constituyan. No acaba de iniciarse una lucha enérgica y sangrienta, cuando ya se escucha el adjetivo que recuerda las de nuestros antepasados, de fuego y de venganzas; como si no fuesen las modernas mucho más difíciles y no exigieran sacrificios tanto ó más cruentos y generosos.

Y lo que con las guerras y las formas sociales y el estado de las costumbres, sucede con los hombres que las dirigieron ó lo representan. Los antiguos de mayor renombre, en cualquier concepto, se han reproducido cien veces con todos sus defectos y excelencias. Pero la actividad humana se ejercita hoy con medios y por resortes desconocidos ántes; y cuantos más y más perfectos sean, mayor aparece la dificultad de su práctica, y mayor debe resultar, por consiguiente, el mérito de los que se dedican á ella. Lo antiguo es, con todo, lo clásico, y su imitacion es necesaria para adquirir el nombre que á los de tiempos pasados elevó á las regiones de la inmortalidad. Tiene un encanto tal lo remoto; ejerce una atraccion tan poderosa lo desconocido, y la fama de

las acciones cuya noticia nos llega de léjos borra de tal modo cuanto ha podido en su tiempo ó lugar empequeñecerlas, que nos deleita, por el contrario, y en obediencia á cierto instinto de nuestra débil naturaleza, el ir las abultando hasta alzar sobre los niveles más altos á los que supieron ejecutarlas por la fuerza de su brazo ó la más robusta aún de su inteligencia. La reflexion se declara impotente ante ese sentimiento avasallador para ejercitarse en el estudio crítico de obras que el corazon toma por de seres muy superiores á los que no le permiten distinguir en su derredor las pequeñas pasiones de que, á su vez, es lamentable presa. Y si, sorprendido, observa de cerca algo excelente que no puede negar por el brillo que despide ó la evidencia de las manifestaciones con que se le presenta, lo sujeta á un minucioso análisis, á la crítica más aguda, y, para mejor aquilatarlo, lo compara con aquello que ha tenido siempre por lo más grande, por lo perfecto. En pueblos, sobre todo, como el nuestro, en que el sentimiento es soberano, nadie quiere ver á su lado seres superiores; y ya que no pueda elevarse hasta ellos, busca el hacerlos descender á su esfera, y cree conseguirlo ensalzando á los que la tradicion, con todas sus halagadoras exageraciones, le trae á la memoria.

Por eso las lides antiguas tienen para él encantos de que no debe dejarse sorprender el hombre de ciencia, y á cada una nueva que se le ofrece trata de reproducirlas, asimilándose, en cuanto puede, á los que las rieron en sus modos, áun teniéndolos más eficaces, y á pesar de los obstáculos que sabe le han de salir al encuentro, muy otros en un estado de cultura que impone tambien deberes de humanidad que se han hecho recíprocos, y, por lo mismo, son más respetables.

De una de esas guerras vamos á tratar, en que, si la táctica y la estrategia hicieron tambien gala de sus más bellas concepciones, mereció y obtuvo, con el honor del triunfo, el nombre de antigua; tal fué el carácter que la obligaron á tomar los móviles que la dirigieron y la forma adoptada por nuestros padres para que resultára tan eficaz como gloriosa. Sólo un profundo político, conocedor de nuestro genio nacional, llegó á prever en ella la ruina del coloso que la provocára; comprendiendo que si no era ese genio todo lo militar, técnicamente hablando, que exigiria empresa tan grandiosa, sí lo belicoso y hábil y tenaz que sería preciso para, sirviendo de estímulo á los demas pueblos, acabarla digna y fructuosamente para todos (1). Y al referirnos á esa lucha,

(1) M. Pitt.

en que los españoles, muchas veces inermes, algunas azotados por el hambre y la pestilencia, siempre inferiores en número y disciplina á su terrible adversario, lograron sobreponérsele, con todo, á fuerza de valor y patriotismo, vamos á intentar el trasunto de uno de los que más la ilustraron, varon insigne, verdaderamente fuerte, admirable, antiguo, en fin, el defensor impertérrito de Gerona.

No tuvo ocasiones en que acreditar su talento para la alta direccion de las grandes acciones campales; pero con el gobierno de la ciudad del Ter adquirió títulos más que sobrados para perpetuar su memoria y hacerla digna de mármoles y bronces.

Cuarenta años de nunca interrumpidos servicios; la práctica en la guerra durante cuatro distintas campañas, algunas largas y trabajosas, y la iniciativa y decision de una inteligencia ilustrada, formaron aquel carácter férreo que áun admira el mundo. Hoy es, y á pesar del larguísimo plazo trascurrido y de hallarnos en la tierra de los Palafox, los Menacho, Herrasti y Santocildes, de tantos y tantos heroicos gobernadores de plazas que recuerdan las clásicas defensas de Numancia y Calahorra, no hay un español que no se llene de orgullo al escuchar el nombre de D. Mariano Álvarez, que los extraños repi-

ten sin cesar para estímulo de los encargados en su país de misiones tan difíciles y honrosas como la de nuestro compatriota insigne. Ayer todavía resonaba en los muros de Sebastopol, esa Illion moderna, á que, al igual de la antigua, acudian las nuevas y más florecientes civilizaciones para dominarla con sus recientes inventos y sus vigorosas máquinas, y ayer tambien el orgullo herido de un gran pueblo invocaba ese nombre desde los baluartes de Strasburgo para no entregarlos casi intactos, como el cuerpo todo de su magnífico recinto, al enemigo. Hoy es, repito, y al escucharme no tendréis por defraudada vuestra esperanza de que en este templo, aunque modesto, de la inmortalidad se celebre el nombre de quien supo alcanzarla con las luces de su experiencia y el valor brillante, la energía indomable y la tenacidad nunca quebrantada de su corazon.

Oriundo de esta tierra castellana, tan pródiga de lealtad y patriotismo, D. Mariano Álvarez Gonzalez de Castro y Lopez Rodriguez de Aparicio nació en la oriental Granada, patria tambien de tanto y tanto personaje ilustre en las artes, las letras y las armas. La sangre y la educacion harian luégo bueno aquel viejo proverbio que tan gráficamente honraba las dos cunas de nuestro héroe, la de su distinguida proge-

nie y la misma de sus padres que le diera la fortuna (1).

Su calidad le llevaba á la carrera militar, privilegiada cuando una mayor cultura y nuevas y sanas ideas sobre lo porvenir de las naciones no habian roto aún los horizontes velados en que se ocultaba la más espléndida prosperidad de que hoy disfrutan. El ejercicio de las armas era la aspiracion de cuantos, con levantado pecho, buscaban el engrandecimiento de la patria y el propio suyo, porque en las filas de la milicia se conquistaban, ademas de honores para su estirpe, la consideracion, que tanto estiman los espíritus generosos, y la fortuna posible en tal estado. Llevábale tambien á él su inclinacion, que el tiempo y las proezas que ejecutó y su último y heroico esfuerzo vinieron despues á demostrar con tan terrorífica como gloriosa elocuencia.

En 1778 era alférez del regimiento de Guardias

(1) El refran decia: «La palabra del granadino y la fe del castellano bastan para formar un cristiano viejo.»

Se han puesto los apellidos que constan en su genealogía, formada en el Tribunal especial de las Órdenes militares al cruzarse en Mayo de 1780 en la de Santiago. Los bandos publicados en Gerona dicen, no sabemos por qué: «D. Mariano Álvarez de Castro, Lopez, Gonzalez del Pino-troncoso, de Lira y Soto-Mayor.»—Véase la partida de bautismo en el Apéndice núm. 1.º

Españolas, con notas y certificados, sumamente honrosos, de los estudios científico-militares que se cursaban en la Academia barcelonesa de aquel brillante cuerpo de nuestra infantería. Y, apénas trascurrido un año, asistia á aquel supremo esfuerzo de la nacion española para arrancar al leopardo inglés su tan preciosa como mal adquirida presa de Gibraltar. Ni el valor, allí rencoroso, de nuestros compatriotas, ni la habilidad militar del ilustre conquistador de Mahon, otra prenda de la lealtad extranjera para con nuestros partidos políticos, ni el ingenio, por fin, del que halló y perdió su reputacion en un solo hecho, el de la construccion é incendio de las inolvidables flotantes, consiguieron hacer desalojar el codiciado peñon á sus crueles y persistentes poseedores; y las numerosas tropas del sitio hubieron de limitar su accion á la de guarnecer los fuertes levantados para impedir toda comunicacion de los enemigos con el interior de la Península.

Falto de sabios repúblicos, corrió el país una serie de aventuras políticas en que bien claro se le veia precipitarse al abismo de su decadencia. La nave del Estado, sin gobernalle y en manos de quien no sabía restablecerle ni seguir rumbo de salvacion, anduvo de escollo en escollo, á cual más peligroso y

más áspero. La tradición de aquel Pacto de Familia, que no había de servirnos ni aún para lavar la afrenta de Gibraltar, nos llevaba el día siguiente á una lucha, si gloriosa en un principio, de término irremediabilmente funesto. Las fuerzas eran dispares; las alianzas, frías y acomodaticias, y el entusiasmo monárquico y religioso, aún mostrándose con unanimidad y con teson admirables, no bastaría á pesar decisivamente en los destinos de Europa, que eran los que se discutían en los campos de batalla durante la era, ardientemente revolucionaria, de la última centuria.

En esa lucha, en que, influidos por un mismo sentimiento de horror y de venganza, anduvieron de perfecto acuerdo para satisfacerle el trono español, provocado por las catástrofes de París, y todas nuestras clases populares, tan encarnizadas entónces contra la Francia por los ultrajes también inferidos á los objetos de su mayor veneración; en esa lucha, repetimos, tan gloriosa, en sus primeros trances, por la pericia de los generales que en ellos la dirigieron, tomó Álvarez una parte sumamente honrosa en su clase todavía de subalterno.

De los primeros en la invasión que el general Ricardos acometió con tan rara energía por las tierras,

antiguamente nuestras, del Rosellon, no hubo escaramuza importante, encuentro ni batalla en que no se hallase Álvarez al frente de su compañía de granaderos. Con ella se distinguió en Arles For-les-Bains, Mas-Deu y las trincheras ya de Perpignan; en Ribes-altes, después, y en Truillas, donde fué batido el viejo y hábil general Dagobert; pero principalmente en la defensa del Boulou, el campo elegido por Ricardos para con su pequeño ejército resistir la inmensa mole de los varios que, vencedores en las demás fronteras, lanzó la República sobre la única en que todavía tremolaba el estandarte de la coalición monárquica.

El reducto de Ceret, encomendado al valor de la brigada auxiliar portuguesa del general Forbes, había caído en poder del enemigo. Era urgente su recobro, porque, envolviendo las posiciones de la carretera, podía desde él impedirse á nuestras tropas la retirada de su campo, sin esa circunstancia, tan excelente bajo el punto de vista topográfico, como bajo el de sus condiciones estratégicas.

Cupo al regimiento de Guardias el honor de una empresa, de cuyo resultado quizás pendía la salud del ejército, y tanto más arriesgada y difícil, cuanto que, en el breve tiempo de su ocupación, habían

los franceses reforzado el reducto con obras importantes de defensa y dos grandes baterías de campaña. Los Guardias, con sus granaderos en cabeza, y á la de éstos el teniente Álvarez, que los mandaba interinamente, aunque *con sus uniformes empapados en agua*, segun dice uno de sus cronistas más autorizados (1), *con sus miembros entumecidos por el frio, hambrientos y extenuados por cinco dias de alarma*, trepan por la áspera y empinada montaña que corona el reducto, y sin cuidarse de hacer fuego ni del mortífero de la artillería enemiga que los cubre de metralla, llegan á la cima, la ganan, y con la punta de sus bayonetas despedazan á los defensores, de los que muy pocos sobreviven á la derrota, y sólo por derrumbarse de las rocas hasta dar con los tardíos refuerzos que su general les enviaba. Eran éstos, sin embargo, muy poderosos, é importaba mucho su accion para que la abandonasen ante el espectáculo de sus camaradas muertos ó dispersos; y con la intrepidez característica, con la *furia* que se ha hecho proverbial en su raza, tan impetuosa como arrogante, se propusieron expugnar de nuevo la posicion y el reducto. La tarea de los Guardias era ya así

(1) El Conde de Clonard.

más fácil, y acabáronla felizmente rechazando al enemigo y ocupando ademas la ermita de San Ferriol, con lo que Ceret y la carretera quedaron libres y asegurado el campo tan hábilmente elegido por el egregio general Ricardos.

Pero en esa accion, tan importante por las consecuencias que llegaria á producir, el asalto, lo mismo que la defensa del reducto, dieron lugar á mil episodios, á cual más interesante, y, entre ellos, al de una carga á la bayoneta, en que los granaderos de Álvarez hicieron rodar por la montaña á más de quinientos franceses que los atacaban.

De aquella guerra, cuyos resultados, bien fáciles de prever, ninguno de vosotros ignora, D. Mariano Álvarez salió nombrado Brigadier; tales habian sido el número y el mérito de los actos de valor y de pericia militar que en ella ejecutára á presencia de todo el ejército, que, desde entónces, reparó en las condiciones de su carácter severo y de su tenacidad inquebrantable.

Aun asistió á la guerra que, puesta en ridículo y todo por los descontentos de entónces y los enemigos del Gobierno que así se doblegaba á las exigencias del advenedizo, árbitro de los destinos de la Francia, puso en nuestras manos el único jiron que

hemos logrado conservar de la bandera portuguesa (1).

Pero era muy otro el teatro en que iba D. Mariano Álvarez á obtener sus lauros más preciados, los inmarcesibles que, ciñendo su gloriosa frente, han hecho la memoria suya perdurable.

Ese advenedizo, que acabamos de recordar, se corona Emperador, elevado al paves por los soldados de la Francia, camaradas suyos y auxiliares de su genio. Las glorias de Italia y de Egipto, más puras si se someten á un criterio técnico, no son nada al compararlas en grandiosidad é importancia política con las deslumbradoras de que le rodean el Danubio, el Elba y el Niemen en sus ensangrentadas orillas. El moderno imperio aspira al de Carlomagno y hasta amenaza hacerse universal. Reyes y emperadores, los más antiguos y excelsos, le llaman ya hermano y le ofrecen pleito homenaje, sometiéndose al rigor de la Fortuna, cuya rueda, siempre voluble, parece entonces sujeta por la hercúlea fuerza de un talento que no reconoce igual desde los tiempos más remotos.

(1) Fué en aquella campaña Gobernador de la plaza de Alegrete, cuyo Municipio le escribió, al despedirse, una carta de gracias, donde, elogiando su conducta como autoridad y representante de la superior del ejército español, le apellidaba *Honor de sus armas*.

Y el coloso se engríe, se endiosa, se hace hidrópico de ambiciones á cual más exagerada, más loca, y en la temeridad de sus encumbrados pensamientos, se irrita con el solo de que exista en el mundo individuo, por alto que sea, ni pueblo, por robusto y unido que se considere, capaces de resistirle. Genio eminentemente oriental, trata tambien de deslumbrar con su ostentacion y magnificencias, y ofusca, con efecto, á hombres y naciones, arrastrándolos en pos de sí, ciegos de admiracion y de entusiasmo. Y cuando, profundo conocedor de la índole humana, fija sus miras en un pueblo como el español, si inclinado á todo lo extraordinario, receloso de cuanto no nace y se desarrolla á su lado, altanero é indómito, registra los innumerables pliegues de su corazon, y saca de ellos las artes y la perfidia que en él se esconden para hacerlas sus más eficaces auxiliares.

Así fué en el año de 1808. Magnánimo tan sólo cuando á sus intereses convenia; inspirándose, donde no, en un espíritu mezquino de venganza que le justificaban siempre sus ambiciones, no quiso distinguir entre un gobierno jactancioso é inepto y un pueblo todo lealtad y buen instinto. Y la injuria que de aquél imaginó recibida la quiso castigar en los

inocentes, en los soberanos españoles, ajenos completamente á ella, y la nacion que la habia en su cordura hidalga condenado (1).

Su proyecto era unir la Península á un sistema político peculiar suyo, federativo en apariencia, mas esencialmente unitario; pues que haciéndolo de familia, habria de resultar para aquel de sus miembros que ejerciese la mayor influencia en ella.

Prétextando la ejecucion de un bloqueo que extendió á la esfera de continental por sus intereses especiales, sin pensar, ni por un momento, en los de las naciones á quienes exigia un cumplimiento que las empobrecia y ahogaba, despojó á la Casa de Braganza del trono de Portugal. Érale necesaria otra excusa para hacer lo mismo con la de Borbon en España, y no pudiendo apelar á aquélla, inventó el mediar en las disensiones de nuestra familia Real, atizadas por un insensato que, en sus delirantes ambiciones, creia así ceñirse una corona arrancada á sus legítimos poseedores.

Tan negra era la intriga como hábilmente parecia urdida. El soberano español se mecía en la esperan-

(1) La del torpe manifiesto de 6 de Octubre de 1806, estimulando á la guerra cuando Napoleon andaba á las manos con Prusia.

za de extender su influjo por todo el haz de la Península; su hijo, en la de recobrar el natural suyo de Príncipe de Astúrias, absorbido, mejor dicho, anulado por el del favorito de sus padres; éste, soñando con un trono ofrecido por el único que entónces podia hacerlo, dominador absoluto de la Europa continental, y el pueblo español con un porvenir risueño que le abriría el magnánimo emperador, que con sus artes y por sus agentes le hacía creer en una regeneracion tan digna é incondicional como rápida y completa.

De todos, sin embargo, se burlaba el novísimo César. Varios de los ejércitos que, para cohonestar la tan artificiosa traza en que se habia comprometido, iban penetrando en la Península como en direccion de la monarquía lusitana, cambiaron de frente en un mismo dia para encaminarse á la córte de España, siempre con pretextos plausibles de amistad para los más ciegos, y de intervencion para los más interesados. Y de eslabon en eslabon se fué forjando aquella ingente cadena con que fué arrastrada al extranjero la familia Real, y que se pretendió pesase con toda su inmensa pesadumbre sobre la nacion entera.

El único que logró descubrirla entre las sombras de una maquinacion que, ántes de ver sus resulta-

dos, envidiaria el mismo Maquiavelo, fué el pueblo español, tan fino en sus instintos patrióticos, que inútilmente pretendia entorpecer el tirano; tan ardiente en sus creencias religiosas, amenazadas por la propaganda revolucionaria; tan firme y delicado á la vez en su lealtad y en su abnegacion monárquicas. Como héroe, habia deificado á Napoleon; como político, al resistir sus torpes habilidades, demostró que era de barro el ídolo, haciéndolo pedazos á la faz del mundo.

La conducta de Napoleon era, con efecto, para despertar los recelos más vehementes sobre su buena fe y sus proyectos. Habian caído en poder de sus generales las plazas más importantes de la frontera, y no por la fuerza de las armas, sino por la de una perfidia sin ejemplo en los anales de la guerra.

Todos vosotros, Señores Académicos, sabeis la empleada por el general Duhesme para apoderarse de la ciudadela de Barcelona.

Dueño de tan importante fortaleza, la principal sin duda de la plaza, y aspirando tambien á la ocupacion de Monjuich, que la domina, dirigió á él otra columna con el general Miloszewitz á su cabeza. Pero era muy diversa la vigilancia que allí se ejercia. Gobernaba el castillo, aunque interinamente,

el brigadier Álvarez, que, recelando del proceder de los franceses desde su entrada en España, habia abandonado la córte para buscar en Cataluña un puesto de honor donde servir á la patria y á su soberano. Y al escuchar el ruido de los invasores y al verlos dirigirse á Monjuich, formó la guarnicion en las murallas, hizo cargar las piezas de los baluartes y, con ademan imponente, esperó la llegada de los enemigos al camino cubierto. Miloszewitz le intimó que bajára el puente levadizo y le abriese la puerta, á lo que Álvarez se negó rotundamente, exigiendo para hacerlo una órden tan explícita como terminante del capitan general. Irritado Duhesme al tener conocimiento de tal resolucion, hizo repetir las mismas intimaciones, apoyándolas con mayores fuerzas, con cuerdas y escalas que mandó subir á Monjuich; pero convencido de que todo era inútil con tal gobernador, obligó al Conde de Ezpeleta á expedir la órden, tan categórica cual aquél la exigia, para entregar la fortaleza (1).

(1) Dice Vacani á propósito de esto: «Despues de asegurarse bien Álvarez de la autenticidad de la órden del capitan general español, admitió, por fin, en el castillo al general Miloszewitz, muy entrada ya la noche, sin dirigir una sola palabra á los circunstantes, que lo asediaban con preguntas y le prodigaban expresiones muy lisonjeras para su patria;

Lo que en Madrid meses ántes, hizo despues Álvarez en Barcelona : aprovechó la primera ocasion para reunirse al ejército nacional que combatia en las montañas del Principado y en las plazas fuertes de que áun era dueño.

Habíase entre éstas distinguido la de Gerona; la cual, para descrédito de los generales franceses que habian despreciado su ocupacion, resultó ser uno de aquellos puntos que, como ha dicho un escritor distinguido, atraen los huracanes de la guerra. Su situacion geográfica; el dominio que ejerce en el país alendaño y en la carretera de Francia; la pérdida, sobre todo, reciente del castillo de San Fernando de Figueras, hacian de Gerona, no sólo un punto estratégico de primer orden, sino la plaza tambien más importante de Cataluña. Sin su conquista era imposible la comunicacion de los franceses de Barcelona con el Imperio, si despreciada por ellos en un principio, de absoluta necesidad tras las repetidas

recogido en el más sombrío pero elocuente silencio, se le vió durante la noche toda mostrarse como hombre sobre quien pesan agitados sentimientos y que esconde en su corazon rencor profundo y deseo ardentísimo de venganza.»

En otra parte añade Vacani que en esa ocasion conoció á Álvarez, á quien califica de *capitan fuerte y egregio ciudadano*.

derrotas del Bruch y del Ordal; y aunque intentada dos veces por el general Duhesme, en las dos se habia visto vencido y en la precision de abandonar por el camino los trenes de artillería, las ambulancias y bagajes que llevaba.

A Gerona, pues, y á Manresa y la Montaña se acogian los que, negándose á servir al Intruso, lograban evadirse de la capital; y Álvarez fué uno de los primeros en hacerlo, recibiendo despues por recompensa, y en atencion á su mérito y á su fama de *enérgico y entendido, el mando de la vanguardia del ejército de la derecha, establecida junto al Fluviá en observacion del 7.º Cuerpo frances, encargado de romper el bloqueo de Barcelona y de sacar á Duhesme de la difícil posicion en que debia hallarse.

El general Gouvion Saint-Cyr que lo mandaba creia, sin embargo, de las más fatales consecuencias marcha tan larga y á traves de un país todo él levantado en armas, sin la prévia conquista de la plaza de Rosas, desde la que podrian, de otro modo, cortársele los convoyes y hasta aislarle del Imperio, su sola base sólida de operaciones. Suponia, ademas, que Duhesme no estaba lo apurado que se le decia, y que el Emperador y su Mayor general le instaban tanto para que se perdiese en mision tan preñada de difi-

cultades y peligros. Así es que decidió no moverse de Figueras y la frontera hasta la rendición de Rosas y el alejamiento de la escuadra inglesa, anclada en la anchurosa bahía del antiguo establecimiento fóceo.

Pero mientras dos de las divisiones del cuerpo de su mando, las de los generales Pino y Reille, ponían sitio á aquella plaza, la de Souham, apostada para protegerlas, en la izquierda del Fluviá, se vió acometida por la vanguardia española, sin otra intención, con todo, que la de reconocer las posiciones francesas y, siguiendo la frase de Thiers en casos parecidos, apoyar el hierro para ver por dónde penetraría mejor (1).

(1) Ni podía ser otro el objeto de una operación que entonces y después fué asunto de controversia animada entre los militares y algunos de nuestros historiadores; porque el de romper la línea francesa y acudir al socorro de Rosas con fuerzas tan inferiores en número y calidad á las enemigas hubiera sido el colmo de la imprudencia, compuesta como estaba en su mayor parte la vanguardia española de miqueletes recién alistados y de los somatenes de los lugares inmediatos.

La acción del 24 de Noviembre en el Fluviá, de resultado dudoso, según el carácter que quiera dársele de reconocimiento ó batalla, no impidió el que se enviáran socorros, los posibles en tal situación, á Rosas, y, entre ellos, el refuerzo de uno de los brillantes batallones del regimiento de Borbon, único que la escuadra inglesa desembarcó junto á la plaza, negándose á poner otros en tierra por temor al fuego de los sitiadores, que la mantuvo lejos, más acaso de lo que á su misión convenía y tocaba á su honra.

Lord Cochrane lo dijo después bien claro, y era testigo de excepción por haberse distinguido personalmente en el sitio.

La capitulación de Rosas permitió á Saint-Cyr aquella marcha que será el mayor título de gloria para su nombre, por los obstáculos de todo género que habrían en ella de oponérsele y que superó con tan rara energía como habilidad y suerte. Debía empezar al frente de Gerona y, fingiendo la intención de poner sitio á aquella plaza, para que se encerrasen en ella la vanguardia española y la división del Marqués de Lazan, procedente de Aragón y Lérida, continuaría por La Bisbal y Hostalrich, tomando después la carretera general que por San Celoni, Granollers y Moncada habría de conducirle á Barcelona.

Entre las poquísimas que podríamos citar, parecidas á la del ilustre general francés, nuestra memoria sólo recuerda una superior en dificultades y de mérito más sobresaliente, la marcha del Gran Capitán de Nicastro á Melfi. Para acudir al monarca siciliano, á las manos en Nápoles con sus mortales enemigos los franceses y los barones partidarios del de Anjou, tenía que recorrer una distancia de más de cuarenta leguas; y como el menor retraso significaba para nuestro insigne compatriota un revés, fué conquistada Cosenza en el tercero de los asaltos que se le dieron en un solo día, y muerto en Layno

el célebre conde de Melito con una nube de sus mejores oficiales; los habitantes más belicosos del reino tuvieron que dispersarse en los montes y los valles que se habian propuesto defender, y abrieron sus puertas al afortunado Gonzalo sinnúmero de ciudades, y por fin, el castillo fortísimo de Atella, último baluarte del partido angevino y de los franceses, sus mantenedores en Italia.

Enemigos, sin embargo, de escatimar glorias á nadie, siquier sea nuestro más encarnizado adversario, no negarémos la que adquirió el general Saint-Cyr en 1808 con su marcha á Barcelona. Que se hace indigno del nombre de historiador y de su misión civilizadora quien, por halagar pasiones, aún siendo tan plausible la del patriotismo, extravía la opinion y contribuye á torcer el juicio de sus oyentes quebrando la verdad donde debe resplandecer en toda su cándida y elocuente pureza.

Don Mariano Álvarez, ascendido poco despues al empleo de Mariscal de Campo, quedó en Gerona con el mando de la guarnicion, esperando por momentos la presencia del enemigo y preparándose á resistir sus ataques.

Hasta los primeros de Mayo no aparecieron, sin embargo, por los montes próximos y las márgenes

del Ter las columnas enemigas destinadas al sitio de la ciudad heroica. La reorganizacion del ejército frances en Barcelona, y las jornadas, para nosotros tristísimas, de Molins de Rey y de Valls lo detuvieron en las cuencas del Llobregat y del Francolí, impidiendo á su general en jefe la ejecucion de un proyecto que abrigaba desde el principio de la campaña y que á cada paso iba considerando más y más urgente.

No era Gerona de las que pudieran blasonar de plazas de primer orden en el sistema militar defensivo de los tiempos modernos. Construida, como vulgarmente se dice, á remiendos, segun lo iban exigiendo los adelantamientos, cada dia más rápidos, en la Poliorcética; ni el trazado de su recinto, á que en las construcciones antiguas daba el capricho una irregularidad sumamente perniciosa; ni el esparcimiento y la combinacion de los fuertes exteriores, levantados, más que por el arte, por la experiencia de los sitios que la ciudad ha sufrido desde tiempo inmemorial; ni la robustez de las obras, por fin, respondian á las necesidades de un punto que, como creemos haber demostrado ántes, habia necesariamente de atraer los furores y los estragos de la guerra. Hallábanse, ademas, esas obras en estado lamen-

table de conservación. Si en 1794 se habían mejorado en algo al perderse el castillo de Figueras, los reparos, como hechos aceleradamente, ofrecían poca solidez, y el tiempo trascurrido y la incuria española y los apuros del Erario habían inutilizado aquella imagen de restauración presurosa é incompleta. Ahora se hacía necesario acudir á otra igual y en condiciones también parecidas; verdadero trabajo de Sísifo impuesto al eterno abandono de toda idea de previsión en nuestra España; trabajo comenzado á la amenaza de cada uno de los sitios del año anterior, é interrumpido por cada una de las victorias alcanzadas en ellos (1). La plaza, en fin, era tal y se encontraba en estado tan ruinoso al pasar los franceses cuando su primera entrada en Cataluña, que el distinguido ingeniero, general Marescot, había dicho, al examinarla detenidamente con Duhesme y sus demás colegas, que era una *bicoca* y nada más (2).

Su armamento no era proporcionado á las exigencias de un sitio como el que debía temerse cuando

(1) En oficio del Marqués de Coupigni, que puede leerse en el Apéndice núm. 2, consta que el Gobernador y la oficialidad de la guarnición de Gerona contribuían voluntariamente y con cantidades respetables á los gastos de fortificación de la plaza.

(2) Todos los historiadores están contestes en esta aseveración.

nuestros ejércitos andaban vencidos, si no dispersos, en toda la Península, y la guarnición no bastaría tampoco á cubrir las necesidades de tal recinto y tantos fuertes; como que no llegaba á la tercera parte de la dotación, puede decirse reglamentaria, de la plaza (1). Podía, sin embargo, contarse con los vecinos de la ciudad, tan dispuestos á acudir á los puntos de mayor peligro como á tomar parte en los rudos trabajos de la defensa, según el impulso que se les diera ó la disciplina á que se les sujetara. Y no ya la juventud viril, tan dispuesta en aquellas provincias á la lucha con el fronterizo, si lo veía asomar al Pirineo, como incansable en oponer obstáculos á la autoridad de la metrópoli, de suponerla, y nada más, atentando á sus privilegios, sino que los hombres de cualquiera edad y todas condiciones, y hasta el sexo á quien la

(1) No llegaban á doscientas las piezas de todos calibres de que podría disponerse para un recinto de perímetro tan dilatado y once fuertes exteriores, entre ellos el castillo de Monjuich, que, por su extensión, obras que lo constituyen y sitio que ocupa, exige material muy abundante y una guarnición muy numerosa.

La fuerza encerrada en la plaza consistía en 3.225 infantes, 278 artilleros y 22 zapadores del ejército permanente, veteranos probados en la campaña anterior; 1.720 migueletes de los batallones de Vich y de Gerona; otros 240 y 130 marineros de la costa inmediata, agregados á la artillería, y 50 caballos del escuadrón, recientemente creado, de San Narciso.

Véase el Apéndice núm. 3, con los estados de fuerza.

naturaleza parece negar el tráfago de la guerra, solicitaron y obtuvieron empleo adecuado á sus fuerzas, á su rango y á sus aptitudes. La victoria recientemente alcanzada en los dos ataques anteriores; el recuerdo de las conseguidas en edades, si remotas ya, presentes siempre en la memoria de los gerundenses por el valor de sus abuelos y la intercesion, bien manifiesta, de su santo patrono, y aquella gallardía y el despropio geniales de una raza altanera y ruda, pero capaz de los sentimientos más elevados, infundian la esperanza halagüeña de un nuevo triunfo y, cuando no, la gloria de un sacrificio nunca infecundo en España. Muy pronto veria Gerona la organizacion de un cuerpo compuesto de estudiantes, paisanos y eclesiásticos que, destinados de guarnicion á los baluartes de la plaza, acudirian, abandonándolos, allí donde la lucha estuviese más encendida, á los fuertes exteriores y á las brechas; y otro de mujeres, desde las más delicadas y de las altas clases hasta las menestrales hechas á los trabajos más humildes y rudos, se ocuparia en la conduccion de refrescos á los puestos avanzados y torres del recinto, en el transporte de los heridos y su cuidado en los hospitales (1).

(1) Véase el Apéndice núm. 4, con los decretos de organizacion de las compañías de la Cruzada y de Santa Bárbara.

En todos aquellos grupos, colectividades que habian de acreditar, unas el espíritu militar, como regidas por un código que ha borrado el individualismo en ellas, otras el belicoso con que, por el contrario, llegó tanta figura y tanta á singularizarse por servicios que debian ser muy extraordinarios para hacerse notar en aquella masa rebosando en valor y en patriotismo y abnegacion, descollaba la del Gobernador, único en el mando, que con nadie compartia, único en la responsabilidad, de que nunca quiso descargarse, sobrio de palabras, elocuentísimo en sus obras, recto en sus propósitos, y justiciero é inexorable en sus determinaciones (1).

«Pena de la vida, habia dicho en un bando, ejecutada inmediatamente, á cualquiera persona, sea de la clase, grado ó condicion que fuere, que tuviera la vileza de proferir la voz de rendicion y capi-

(1) Fray Manuel Cundaro, en su *Historia político-crítico-militar de la plaza de Gerona*, precioso manuscrito cuyo original se conserva en el archivo municipal de aquella ciudad, llama á D. Mariano Álvarez «héroe de la milicia española, ilustre por su solar, sobresaliente por sus servicios; recomendable por su valor, y digno de eterna memoria por su fidelidad á la Religion, al Rey y á la Patria.» Y en otro lugar le llama tambien «un Argos para observar los movimientos del enemigo y prevenir sus ataques, y diestro guerrero para oponer fuertes diques al impetuoso torrente de sus furias.»

tulacion.» Esta amenaza, que es como de rúbrica al adelantarse el enemigo contra cualquiera plaza de guerra, sabian la guarnicion y los gerundenses que no era una palabra vana perdiéndose en las regiones del olvido al derrumbarse las murallas, al penetrar el hambre ó el contagio en las filas y el hogar de los defensores, sino que caeria sobre el débil que la mereciese con la misma rapidez de su laconismo y con rigor igual al de su justicia. Y no es que temiera nadie un castigo, más bochornoso por su causa que por su ejecucion; porque las aclamaciones hicieron casi ininteligible la voz del que lo anunciaba, tan calurosas y unánimes fueron, y ensordeció el aire la en que se repetia el juramento, hechō por Álvarez, de defenderse hasta perder la última gota de su sangre (1).

(1) El historiador aleman Schépeler dice : «Fué recibido (el bando) con aclamaciones y el juramento recíproco de defenderse hasta la última extremidad. Viendo desde las alturas los preparativos del enemigo y la gloria con que se les brindaba, aquellos hombres valerosos no hacian sino alzar más y más sus cabezas.»

En términos parecidos describe Vacani la actitud de los gerundenses al presentarse las columnas francesas, y D. Juan Perez Claras, en su *Dietario del sitio de Gerona de 1809*, cuyo manuscrito existe en aquel municipio, de que fué Secretario, dice, refiriéndose al 30 de Mayo, lo siguiente: «Ha habido besamanos con motivo de San Fernando; triple salva de artillería á bala; repique de campanas, y las

Los franceses, como si presintieran la larga y difícil tarea á que iban llamados, dieron principio á las operaciones del sitio con parsimonia y precauciones muy opuestas á su carácter arrebatado y jactancioso.

El general Reille, encargado, como en Rosas, de la direccion del sitio, fué, pero muy despacio, estableciendo las fuerzas puestas á sus órdenes en los altos inmediatos á Gerona, en los parajes que mejor domináran los pasos del Ter y allí donde sin peligro evidente amenazasen las comunicaciones de la ciudad con el resto del Principado. Cometió el error de creer que en las alturas del E. y en los fuertes que las coronan, en el castillo de Monjuich sobre todo, se encontraban las llaves de la plaza; y como ese proyecto, á la circunstancia de satisfacer sus opiniones rigurosamente militares, reunia, en su con-

músicas de los cuerpos se han colocado en los baluartes de San Francisco de Paula, Gobernador y San Pedro, las que no se han retirado hasta que el Gobernador concluyó de recorrer toda la muralla. Por la noche se ha iluminado la ciudad, y las músicas resonaban por todas las calles y plazas, con singular alegría de la guarnicion y vecindario.»

En esta ceremonia, como en otras semejantes y al presentarse á las tropas en las ocasiones de peligro, Álvarez solia usar una cinta roja colocada diagonalmente en el sombrero, y en ella impreso con caracteres negros: «Por Fernando VII, vencer ó morir.»

cepto, la de evitarle la guerra en las calles, pavorosa para cuantos tenían la experiencia ó noticias de la de Zaragoza, lo acogió como el más eficaz y expedito, llevando el material de sitio, la mayor parte de sus tropas y los esfuerzos todos de su celo y de su inteligencia sobre aquella zona, favorable también por lo próxima al Ter y al camino de Figueras, su base de operaciones.

Era el error de la ciencia, por más que sus hombres en el ejército pretendieran demostrar lo contrario; y era el error del miedo al habérselas con un pueblo como el español, que veían burlaba las combinaciones más sábias con la porfía generosa y las maneras de pelear suyas, tan eficaces como inesperadas.

Resultado: que el general Reille, con quince mil hombres y una artillería formidable, se reconocía sin recursos para estrechar la ciudad y combatirla, y que Verdier, al sucederle á mediados de Mayo, empezaba por declarar su resolución de no aventurar ni un soldado en la empresa confiada á su pericia. Hasta hizo suspender el transporte del inmenso material de que disponía á los puntos de ataque; echando sobre Saint-Cyr la responsabilidad de su inacción, pues que no le apoyaba con todo su ejérci-

to, como debía esperarlo el Emperador al encargarle del sitio de una plaza cuya ocupación á nadie más que á él debía interesar.

Tan concluyentes eran las consideraciones expuestas por Verdier, que, áun disgustando á su jefe, fueron atendidas, reforzando á principios de Junio el ejército sitiador con más de tres mil hombres de una división italiana y suficiente número de artilleros. Entonces se empezó á estrechar el bloqueo de la plaza, después, por supuesto, de dirigir á su gobernador la intimación de costumbre, que fué categóricamente rechazada por Álvarez, quien á su vez amenazó con no recibir á los parlamentarios sino á cañonazos.

Era, así, la noche del 12 de aquel mes cuando una batería de morteros comenzó desde la izquierda del Ter y altura Den-Roca á lanzar sobre la ciudad sus enormes proyectiles, y hasta el 19 no eran los franceses dueños de las torres de San Luis y San Narciso, abandonadas por sus gobernadores, que fueron desde ellas á servir como últimos soldados en Monjuich y San Daniel (1).

(1) A propuesta de Álvarez les impuso aquel castigo la Junta militar que se había instituido al principiar el sitio. El gobernador de la torre de San Luis fué repuesto después en su empleo, por haber de-

Entre aquellos dos sucesos, el principio del bombardeo y la pérdida de las torres, habia tenido lugar uno sumamente honroso para la guarnicion: la salida al Pedret, un barrio situado entre Puente Mayor y la plaza. Apénas conquistado por los franceses la noche del 15, habian emprendido la construccion de un enorme traves que cortára el camino, extendiéndolo despues hasta la márgen del Ter, como para convertirlo en batería de brecha contra la cortina y el baluarte inmediatos de San Pedro, donde se abre la puerta de Santa María ó de Francia. Advertido por Álvarez, dispuso para la mañana del 17 una vigorosa salida, que, si rechazada, al fin, por los batallones y la artillería que acudieron del campo imperial, lo fué despues de una hora en que los nuestros habian destruido el traves y preso ó dispersado á sus defensores (1).

mostrado la imposibilidad en que se hallaba de continuar la defensa y por sus servicios en Monjuich, donde habia recibido una fuerte contusion. Por los prestados en San Daniel y por haber sido tambien herido, fué del mismo modo indultado el gobernador de San Narciso.

El abandono posterior de San Daniel se verificó de orden de Álvarez y despues de informar los ingenieros de la plaza no poderse continuar la defensa. Su gobernador era el heroico Fitz-Gerald, el defensor del fuerte de la Trinidad de Rosas.

(1) El combate duró largo rato, apoyándose los de la salida en los fuegos de la plaza y de una columna que desde Monjuich se corrió so-

Impuso tanto á los sitiadores aquella accion, que se hizo ir á Puente Mayor una gran parte de las tropas de Lechi, recientemente llegadas, no fueran en otra á perderse el gran parque y los almacenes allí establecidos. Ni dejó de preocupar tambien al general Saint-Cyr la nueva de combate tan tenazmente sostenido por los sitiados, y con ella, y al recibir tambien la de que en derredor de los sitiadores iban condensándose nubes de guerrilleros para interceptar sus comunicaciones y acosarlos sin cesar, creyó llegado el momento de acercarse á Gerona para satisfacer, aparentemente al ménos, al Emperador y al Ministro de la Guerra que, puestos del lado del general Verdier, le acusaban de su retraimiento en la alta montaña del Principado.

bre el flanco de los franceses, y éstos en una serie de sostenes de batallones enteros alemanes que, unos tras otros, fueron vomitando las baterías levantadas contra las torres, el campamento de Puente Mayor y hasta las orillas fuertemente guarnecidas del Ter. Los mismos enemigos confiesan la dispersion de la guardia y la destruccion del traves, y uno de ellos dice que los españoles « se retiraron en buen orden entre los aplausos del pueblo, que desde lo alto de las casas y de las torres miraba impaciente el resultado de aquella accion » (a).

(a) Belmás, en su *Diario del sitio*. Schépeler dice que nuestros soldados vengaron en aquella salida la carnicería ejecutada dos dias ántes en la pequeña guarnicion del Pedret, al rendirse á los franceses.

Minali, por el contrario, dice que fueron hechos prisioneros un capitán y varios soldados franceses, lo cual excluye toda idea de venganza en los nuestros.

Los sitiadores contaban 13 muertos y 115 heridos en la accion, mientras los estados españoles dan 155 bajas, y entre ellas la de 27 muertos.

Cuando estableció su cuartel general en Caldas de Malavella, llevaba el sitio de duracion más de mes y medio; y las operaciones ejecutadas consistian en el bloqueo, no completo, de la plaza, el incendio y la destruccion de algunos edificios, y la conquista de tres torres, que apénas si eran obstáculo para llegar al ataque de Monjuich, donde los ingenieros enemigos seguian viendo las llaves de Gerona.

Entónces advirtió Saint-Cyr el error de la ciencia y el del miedo á que ántes me referia, Señores Académicos; pero sin atreverse á corregirlo por no retroceder á los principios de un asedio hacía tanto tiempo emprendido. Movíale tambien á ello el conocimiento de su relevo, dias ántes decretado por el Emperador. En sus celos de republicano, más acaso que por su ideal político, producidos por un amor propio que le hacía creerse envidiado hasta del mismo grande hombre á quien era el único en no admirar, se negaba á emprender accion alguna que, inacabada entónces, pudiera servir despues de pedestal á la gloria de otro (1). Dejó, pues, continuar la

(1) Dice en su *Diario de las operaciones del ejército de Cataluña en 1808 y 1809*: «Esos mismos motivos (los de tener ya adelantadas las operaciones y el de su relevo) fueron causa para que no hiciese sino ligeras observaciones sobre el plan que se queria seguir; su opinion

comenzada á su antiguo ayudante el general Verdier, para que no se creyera tampoco que se mezclaba en lo que muy pronto habia de ser de las atribuciones de otro; si bien la noticia de sufrir su sucesor un ataque de gota, y las órdenes del Ministro

era, sin embargo, la de que era necesario atacar la ciudad por la parte de Santa Eugenia, fuese al mismo tiempo ó despues de Monjuich. De esa manera se hubiera evitado el desembocar de Monjuich sobre la ciudad, operacion muy difícil por la naturaleza del terreno, todo él una roca desnuda, y por la pendiente extremadamente rápida que hace imposible el cubrirse; se hubiera tambien salvado el inconveniente de lanzarse en aquel gran entrante en que debian hallarse junto á tantos obstáculos naturales, cuantos habia allí el arte acumulado. No hubiera habido que temer más que los fuegos muy distantes de los fuertes establecidos en las alturas meridionales de Gerona; y como en la llanura próxima al Mercadal se encuentra cuanta tierra pueda necesitarse, habria sido bien fácil el cubrirse pronto de aquellos fuegos, por otra parte, muy poco mortíferos en razon á su distancia y á la grande elevacion de que procedian; y en fin, en vez de ser cogidos de flanco ó de revers, como lo fueron los sitiadores y debian serlo en el ataque que obtuvo la preferencia, hubieran sido los sitiados los cogidos de flanco y de revers desde las baterías del Mamelon Verde y las que hubieran podido establecerse en el monte Libio. El general en jefe no quiso valerse de su autoridad, como hubiera podido hacerlo, para que prevaleciese su opinion; creyó más conveniente dejar la eleccion del frente de ataque al director del sitio designado por el Emperador y de una graduacion tan alta (a), no pudiéndose, ademas, desprender de la idea de cuán rebajada se veia su autoridad en la precaria posicion en que se hallaba.»

(a) Sin contar con él habia nombrado Napoleon para dirigir el sitio al general Sanson. No sería por lo bien que lo hubiera hecho en Rosas.

de la Guerra habrían de retenerle algun tiempo aún al frente del 7.º Cuerpo, que tantas veces habia conducido á la victoria. Con esto, y creyendo tambien que una intimacion suya sería más atendida en la plaza que las que sus tenientes, por costumbre ó con igual esperanza, habian dirigido á Álvarez, le propuso el 2 de Julio, y por medio del general Kirgener, una conferencia en que pudieran hacerse las proposiciones que aconsejában las circunstancias en que se hallaba la plaza.

«Nada tengo que tratar con V. E., contestó el general Álvarez; conozco sobradamente sus intenciones, y para lo sucesivo sepa V. E. que no admitiré ni tendré consideracion á parlamentario ni trompeta alguno de su ejército.—Esto digo á V. E. en contestacion á su papel de hoy» (1).

Y con este motivo voy á permitirme una ligera digresion que, no por serlo, deja de ser disculpable, puesto que interesa sobremanera á la memoria del héroe de Gerona.

Entre los rarísimos autógrafos de D. Mariano Álvarez existe el que acabamos de citar y reproducimos fielmente, porque ha habido quien atribuya al

(1) V. el Apéndice núm. 5.

ilustre general *talento mediano y poca instruccion*, tales son sus palabras, y la *falta de prudencia* y de *extension de miras* que su posicion hacía necesarias. Si, como otros han dicho tambien, su presencia constante en los sitios de mayor riesgo ó donde la exigiera el mejor servicio le robaban el tiempo que alguno emplearia en atender á su fama explicando á la posteridad sus ideas y sus actos, ahí están sus comunicaciones oficiales, testimonio irrecusable de sus aptitudes literarias. Habia profesado las Matemáticas en la Academia de Cadetes de Guardias y, entre otras comisiones científicas, habia formado parte de la que ensayó la artillería á caballo en Aranjuez, por cuyo luminoso informe obtuvo elogios que ponen de manifiesto *su carácter y militares conocimientos*, palabras del certificado que se le expidió. Pero hay más: existe tambien, y en nuestro poder se halla, la licencia original que en 1798, y siendo ya brigadier, le fué concedida por el Inquisidor general en estos Reinos para que pudiera adquirir, tener y leer libros prohibidos por el Santo Oficio, excepto los de Pedro Suave, Nicolás Maquiavelo y demas que tratan contra nuestra sagrada religion. ¿Es, pues, de presumir que quien no tuviera aficiones literarias solicitase tal permiso, ni se otorgára al que no hu-

biese puesto de manifiesto una base, medianamente sólida, de instrucción y la *prudencia y cristiandad* que el venerable Arzobispo de Búrgos le atribuye en la licencia que, con otras frases tanto ó más halagüeñas, llegó á concederle?

Ignoramos la razón de por qué se haya incluido al general Alvarez, y junto al insigne Martínez de la Rosa, en la lista de escritores cristianos de Granada que estampa D. Pascual Madoz en su *Diccionario geográfico-estadístico-histórico*; pero no por desconocer sus escritos hemos de negarle, ya que tenemos tales pruebas, la aptitud de que pudiera estar dotado para producirlos.

El mensaje, conciliador al ménos en la forma, de Saint-Cyr disgustó á Verdier, como si él y su antecesor Reille no lo hubieran también dirigido, aunque no con la cortesía militar que su general en jefe. Y es que le atribuían, y así lo manifestó el primero al Ministro de la Guerra, la intención que nosotros, la de alcanzar la gloria de la conquista de Gerona en los pocos días que le restaban de mando, y tomaban aquel acto por falta de consideración á sus personas desde el momento en que no se había cuidado de anunciárselo.

Para el gobernador de Gerona eran, sin embargo, iguales aquellos y todos los generales enemigos

que le intimáran la rendición ó le ofreciesen condiciones, más ó ménos honrosas, para capitular; y convencidos de ello Saint-Cyr y su segundo, se dedicaron á obtener por la fuerza lo que les negaba el carácter inquebrantable de su adversario. Contra Monjuich fueron, pues, á descargar sus iras; y no habían pasado sino horas desde la de la intimación cuando, empleando millares de hombres, animándolos con halagos á veces, y otras con amenazas, con la oferta, en fin, de premios y hasta de dinero, lograron construir una batería de veinte piezas de grueso calibre, que por sus dimensiones y armamento recibió el pomposo título de «Batería Imperial» (1).

(1) Es curioso el párrafo que Belmás dedica á la descripción de aquella obra. Dice así: «La noche era muy oscura, y la lluvia, que no cesaba un momento, ponía el terreno resbaladizo, sobre todo en las pendientes, y aumentaba el peso de los sacos á tierra. Cada hombre llevaba hasta tres sacos á la vez. A la una de la mañana disminuyó la actividad de los trabajadores, y se les anunció que se doblaría la suma que se les había prometido. A las tres y media, habiendo el exceso de la fatiga producido un nuevo período de desfallecimiento, se les hizo saber que no por asomar el día se interrumpiría el trabajo, y que no se les dejaría marchar hasta que se acabase enteramente. Se les recordó al mismo tiempo que se hallaban al alcance de la metralla del fuerte, con lo que se les hacía sentir el peligro á que les exponía su pereza. Los trabajadores redoblaron entonces su actividad, y á las cinco de la mañana, después de ocho horas de trabajo, la batería no sólo estaba terminada, sino hasta armada de veinte piezas de artillería, y abundantemente provista de proyectiles y de pólvora.»

Tanta y tanta máquina debía hacer inmediatos y terribles efectos; así es que por la tarde había en la cara derecha del baluarte más septentrional de Monjuich una ancha brecha completamente practicable. Al observarla los franceses se creyeron dueños del fuerte, á cuya ocupacion seguiría, en su concepto también, la de la plaza. Pero allí estaban Nash y Fournás, asociados por Álvarez para defenderlo, que no sólo rechazaron el asalto de la noche siguiente, sino que hicieron necesarios aún treinta y siete días, diez y nueve baterías, varias brechas en el relleno y los baluartes del frente atacado, la ruina casi completa del castillo, y repetidos ataques, todos frustrados, y en que fueron muertos y heridos miles de enemigos, para que aquellos heroicos jefes, previo el reconocimiento é informe de los ingenieros de la plaza, se creyeran en el caso de abandonarlo, no sin antes desarmarlo y volar sus principales obras. Faltóles, sin embargo, la anuencia del Gobernador, que, opuesto al dictámen facultativo que se le presentaba aconsejando la evacuacion inmediata del fuerte, aún intentó caminos por donde estimular á los de Monjuich á proseguir en su ya desesperada empresa (1).

(1) El general Haro, en su interesante relacion de aquel sitio, escribe: «Está dicho que el Gobernador de la plaza no había contestado al

¡Qué de hazañas, señores, en aquel brillantísimo episodio del sitio de Gerona!

Los defensores se ven azotados de una lluvia de proyectiles que vomitan sobre ellos las baterías enemigas. No hay al poco tiempo parapetos, traveses ni bóvedas que los cubran; los muros están por tierra; los fosos, llenos de escombros, que facilitan su paso; las cortaduras hechas para impedir el acceso al interior de la fortaleza, allanadas; nada, absolutamente nada hay que sirva de obstáculo á la furia enemiga sino los valientes que se han propuesto sepultarse en aquellas ruinas gloriosas, si no los abandonan por su propia voluntad. Y los artilleros perecen al pié de los pocos cañones que la prevision mi-

oficio que le pasó el de Monjuich, D. Guillermo Nash, exponiéndole que ya no se podía prolongar más la defensa; pero deseando, sin duda, aquel General que se sostuviese todavía, envió en la mañana del 11 dos despachos de coroneles para Nash y Fournás, primero y segundo comandante del fuerte, con el fin seguramente de que viesen en aquella demostracion cuánto apreciaba sus méritos y servicios, y para estimularlos al mismo tiempo á que continuasen defendiéndose; pero estos jefes, atendiendo sólo al mejor servicio de la patria, no cambiaron por esto la resolucion que con tanto juicio habían ya tomado.—Al llegar á la ciudad pusieron en manos del General los dos despachos que habían recibido en aquella mañana, y pidieron se juzgase su conducta en un consejo de guerra; pero el General, plenamente satisfecho de sus servicios, les dió otra vez sus despachos, y aprobó la resolucion de haber abandonado el fuerte.»

litar no ha retirado; los infantes que quedan buscan entre los escombros los que puedan servirles de parapeto donde resistir al enemigo, ó asaltan las trincheras opuestas, matan á los que las guarnecen y clavan su artillería; hasta hay quien, desafiando el huracan de hierro que ara y allana las brechas, iza triunfante la roja bandera que las balas imperiales han arrojado al foso desde el baluarte en que ondeaba (1).

¡Y áun se lisonjeaban los franceses con la idea de enseñorearse de Gerona al ser dueños de Monjuich! Si léjos de la plaza se hacía tan brillante y porfiada

(1) Es extraño que Belmás se detenga á señalar el detalle de la bandera, derribada, despues de todo, por efecto de una buena puntería, ó mejor aún de la casualidad, y no halle espacio en su libro para decir que hubo un subteniente, D. Mariano Montoro; de Voluntarios de Vich, que bajó por la brecha, toda ella azotada por el fuego de las baterías francesas y de los infantes apostados en el camino cubierto y el *glácis*, para plantarla de nuevo en su antiguo puesto.

Álvarez hizo teniente al bravo catalan que, al decir de Minali, «ejecutó aquella brillante accion en medio de una lluvia de balas de cañon y de fusil, que le cubrieron de escombros.»

El Conde de Toreno cuenta, entre otros rasgos de la defensa de Monjuich, el siguiente: «Fué de notar el del mozo Luciano Ancio, tambor apostado para señalar con la caja los tiros de bomba y granada. Llevóle un casco parte del muslo y de la rodilla, y al quererle transportar al hospital, opúsose diciendo: *No, no, aunque herido en la pierna, tengo los brazos sanos para con el toque de caja librar de las bombas á mis amigos.*»

resistencia, ¿no comprendian la que iba á oponérseles allí donde estaba la poblacion en masa para animar á los defensores con su presencia y ayudarlos con sus esfuerzos?

Pues Verdier escribia al Ministro de la Guerra, al anunciarle la ocupacion de Monjuich: «Esta importante conquista, obtenida á pesar de la aspereza del terreno y de un enemigo cuya ceguedad es deplorabile, casi nos asegura que no se necesitarán sino ocho ó diez dias á lo más para someter el resto de la ciudad, cuyo frente no presenta más que un débil recinto que debe destruir inevitablemente el más ligero esfuerzo. En este corto espacio de tiempo quedará Gerona sometida.»

¡Vana ilusion! ¡Ignorancia inconcebible en quien un año ántes huía de Zaragoza, herido y ruda y vergonzosamente escarmentado, cuando más esperaba tenerla en su poder!

Levantaria nuevas y áun más formidables baterías en aquella posicion eminente que parece como la cabeza de Gerona, descubriéndola toda y dominando sus principales calles y plazas; haria temblar la tierra con sus innúmeros cañones y convertiria la ciudad en monton informe de ruinas, donde reinarian la muerte, el hambre y el contagio, pero no el

espanto, nunca el ánsia ruin de la vida á costa del honor militar de sus presidiarios, ni el desaliento siquiera de sus leales habitantes. Allí estaba, sobre todo, Álvarez para demostrarlo, contestando á cañonazos las diarias proposiciones que se le dirigían de avenencia, y á cañonazos los asaltos que se intentaban contra la plaza. Presente en todo peligro como á toda funcion de su difícil cargo; imponiendo con su autoridad y sus severidades, lo mismo que al soldado unido á la bandera del regimiento por su deber y sus juramentos, al ciudadano imbele, á quien el patriotismo, sin embargo, arrastrára á la accion militar y al sacrificio de la vida, Álvarez, con la memoria fija en aquella otra hazaña de Zaragoza, que, como á Temístocles la de Maraton, le quitaba el sueño, parecia desafiar las inclemencias todas del cielo y de la tierra, cuyos rigores le labrarian el monumento de gloria que tanto ambicionaba (1).

(1) Dice Haro: «Al principio deseaba que su plaza se sostuviese doble tiempo que Zaragoza; y despues que se cumplió este plazo, queria que durase cuatro veces más su defensa. Los servicios que inmortalizaron á Palafox en Zaragoza abrasaban su corazon de un noble deseo de imitarle. En donde la firmeza de los demas se acababa, allí parece principiaba la suya.»

No sin fundamento se le decia en la Real órden de 31 de Julio de

Ya, efectivamente, habia trascurrido con exceso el tiempo que el mariscal Lannes habia gastado en la expugnacion de Zaragoza. En su ilustracion y experiencia habia de comprender Álvarez la distancia que mediaba entre una plaza como la de su mando, con muros, si imperfectos, robustos en general y fuertes, cuya conquista habia necesariamente de prece-der con mucho al ataque y asalto del recinto, y la puede decirse que abierta y populosa ciudad del Ebro, incapaz de resistir por mucho tiempo la accion de un sitio en toda regla. Pero por lo mismo, deseaba mayores dificultades, peligros, si cabia, más graves, cuantos obstáculos pudieran á otros imponer, para, si no le era dable vencerlos, arrostrarlos al ménos hasta alcanzar la fama que hubiese de perpetuar su memoria.

El enemigo se acercaba más cada dia y no tardó en asomarse al recinto sagrado de la ciudad, cuyos

aquel año, que S. M. esperaba «que la plaza de Gerona, estando él á su cabeza, habia de ser el sepulcro de la mayor parte de sus sitiadores.»

(Véase el Apéndice núm. 6.)

Y continúa el general Haro: «Cuando le dijeron en los últimos dias del sitio que los enemigos penetrarian por el baluarte del Cámen, manifestó mucha complacencia, diciendo: *Que ojalá sucediese, para matar cuatro ó cinco mil dentro de la ciudad.* Pudiera citar millares de estos rasgos, que prueban cuánto apetecia las situaciones apuradas.»

puntos débiles reconocia, espiando despues los momentos más oportunos para batirlos y asaltarlos. El reves de la montaña de Monjuich, ántes pelado y desierto, se cubrió de trabajadores que, ocultándose en el humo de la pólvora y las tinieblas de la noche, fueron elevando obras y obras á cada punto más robustas y á cada instante más próximas. Entáblase entónces una lucha incesante, sangrienta, entre sitiadores y sitiados, ya para impedir las nuevas construcciones con que á cada aurora se sorprenden unos á otros, bien para alzarlas á su vez más adelante, hasta reñir la serie de combates precursores de la apertura de las brechas y de los asaltos decisivos. Y sin embargo de tanta actividad como empleaba y de los inmensos recursos de que el enemigo disponia, vió trascurrir todo el mes de Agosto ántes de que los estragos de sus cañones pudieran utilizarse en un ataque, verdaderamente imponente para los sitiados. No es que en el frente atacado faltasen brechas suficientemente anchas y practicables para un asalto; no es que se ofreciera en espectáculo al invasor una guarnicion numerosa, bien pertrechada en lo que, por el órgano de su jefe, calificaba él mismo de recinto que destruiria el menor esfuerzo; es que los pocos y desnudos ya y famélicos defensores que des-

cubria eran los mismos del castillo de Monjuich, y camaradas suyos dignos, y un pueblo hasta cuyas mujeres se habian hecho respetar y temer en tanto tiempo de fatigas, de carnicería y de escarmiento como habia pasado en un asedio que ya se le iba haciendo inacabable. Se disponia, sin embargo, á ensayar un último esfuerzo con que acaso lograra terminar su obra, cuando un incidente nada extraordinario en esa clase de empresas puso Gerona á punto de salvarse de la furia de sus enemigos.

A consecuencia de movimientos acertadamente dirigidos por el, si desgraciado, experto tambien é infatigable general Blake, tuvo Saint-Cyr que concentrar una gran parte de las tropas de su mando, para con ellas oponerse á los que en número, á su parecer suficiente, amenazaban turbar las operaciones, tan avanzadas ya, del sitio. Y aprovechando aquella ocasion, realmente prevista, penetró en Gerona un convoy considerable, conducido por el general García Conde, á quien una desgracia posterior no podrá en justicia privarle de la gloria militar adquirida en várias y memorables jornadas anteriores. Arrollado el enemigo en los puestos que mantenía en el llano, difíciles de conservar por la disminucion de sus guarniciones, y principalmente por el error

de cálculo y por el miedo á que ántes nos referiamos, vió cómo, sin poderlo impedir, desfilaba á su presencia aquel inmenso convoy que iba á llevar á los gerundenses la salud y la fuerza que necesitaban para rechazar los ataques de que se veían amenazados. Hubo más, y debió servir de lección á sus generales: cuando, ya que no pudieron impedir la entrada, trataron de oponerse á la salida de las tropas de socorro, volviendo á ocupar en fuerza los puestos conquistados y el camino recorrido por ellas, no llegaron tampoco á conseguirlo, pues que los encontró García Conde en la zona montañosa opuesta, que hubieron á su vez de desguarnecer, ausente, como aún se mantenía, el ejército, y atento sólo al fantasma del de los españoles, apostados en derredor suyo y amenazándole de todas partes.

De haberse cortado el puente de Salt; de insistir más en aquel amago general de las tropas españolas y de los voluntarios catalanes, y de haberse podido salir de la plaza en fuerza más considerable, el fruto de aquella operacion hubiera sido importantísimo; pues, aún obrando flojamente, se introdujo el convoy, fueron derrotados los italianos y los alemanes perdiendo dos de sus generales; se clavaron varias piezas y arrasaron algunos atrincheramientos, se es-

parció un gran pánico en las filas de los sitiadores, y éstos, en fin, no pudieron reanudar sus trabajos de sitio hasta trece días despues. Un esfuerzo más, alguna constancia mayor, repetimos, y tantos héroes como aparecieron en aquella ocasion, O'Donnell, Sarsfield, Llauder, Loygorri, Wimphen, Milans, Rovira, Clarós, Eroles, Porta y cien otros que, anhelantes por aprovecharla, se presentaron sobre los puestos y campamentos franceses, hubieran sostenido unos días siquiera la comunicacion de la plaza, que era tanto como salvarla quizás para siempre.

Inútil decir que el riesgo mismo que habian corrido hizo á los sitiadores poner aún más ahinco en la reconstruccion de sus baterías de brecha. Así es que el 13 de Setiembre, segun acabamos de indicar, rompian de nuevo el fuego, y con tal violencia, que seis días despues habia cuatro anchas brechas practicable en todo el frente opuesto á Monjuich.

Era de esperar el asalto de un momento á otro; y aún cuando podia darse desde la mañana del 19, los que habian de elegir la hora optaron por la de las cuatro de la tarde, precisamente la en que sabian sitiadores y sitiados tenía costumbre el general Álvarez de descansar el corto rato que se permitia hacerlo. Circunstancia, al parecer, insignificante; pequeñez

que no debiera tomarse en cuenta, si no revelára las precauciones que ya tomaban los sitiadores, y los ardidés á que acudían para sorprender al que, enfermo todo el tiempo del sitio, velaba, sin embargo, á todas horas, para con su vigilancia promover y aumentar la de sus subordinados (1).

Verdier formó en la meseta de Monjuich las cuatro columnas que debían asaltar las brechas, dejando de reserva las demás tropas de la división de su mando á que pertenecían, y las restantes del ejército se situaron en observación de las avenidas más importantes de la plaza, por si las españolas acudían á socorrerla. Aún se destinó otra columna al ataque del fuerte del Calvario, donde también se había abierto brecha, y á amenazar el del Condestable, que se temía ayudára poderosamente á la defensa de Gerona con sus fuegos de flanco.

¡Y para qué, Señores Académicos, he de molestaros con la descripción, glacial en mis labios, del espectáculo que en aquellos momentos ofrecía Gerona? «El toque de generala, dice Haro, el intrépido coronel de Baza; el sonido triste de una gran campana que sin cesar llamaba al somaten; la marcha

(1) Adoleció, con efecto, el tiempo todo del sitio de unas tercianas que, más ó ménos agravadas, no le abandonaron hasta su muerte.

silenciosa, pero viva, de las tropas; el ver salir de sus casas á todos los ciudadanos y hasta los sacerdotes armados para defender sus vidas; el ver á las mujeres despavoridas, pero animando á los hombres; el estrepitoso sonido de más de doscientas bocas de cañón haciendo fuego á un tiempo; el incesante tiroteo de la fusilería; la continua caída de bombas y granadas, y la densa nube del humo de la pólvora, que envolvía y como que intentaba ofuscar estos terribles objetos, formaba el cuadro más grandioso que se puede imaginar. Y lo que más daba sublimidad, añade, á esta terrible escena, era el tener la idea fija en que, si el resultado era funesto, todos iban á perecer en aquel instante á manos de sus feroces enemigos. Todos fijaban la vista en el Gobernador; y D. Mariano Álvarez, superior á los peligros que le rodeaban, infundía á los demás la grandeza de su alma y la confianza que se debía tener en la justicia de nuestra causa, en una guarnición tan bizarra, y en las sábias precauciones que se habían tomado de antemano.»

El ataque fué, como debía esperarse, impetuoso y rudo. Al lado de los soldados de la Francia formaban los del Rhin é Italia, sus aliados que, como en Roma, componían una gran parte, si no la mayor,

de los ejércitos del moderno César (1). El mismo valor en todos, si distinto el continente; impacientes y fogosos los unos, atropellándose por llegar á las brechas, graves y poseidos del estoicismo germánico los otros, pero anhelando, como sus demas camaradas de aquel día, cruzar las bayonetas con las de aquellos sus enemigos comunes, cuyo vencimiento, aunque en vano, tantos meses hacía que buscaban.

Todos, sin embargo, tuvieron la misma funesta y aterradora suerte. Ganan la áspera cuesta que los separa de Gerona y, protegidos por más de cien bocas de fuego que cubren de proyectiles las murallas, montan las brechas y, en algunas, coronan la cresta, halagados ya con la esperanza de un triunfo mucho más fácil del que esperaban. Pero Borbon y Ultonia, aquellos heroicos regimientos, cuya memoria correrá siempre unida á la de la ciudad del

(1) Para probarlo en este caso, no hay sino observar la composición del ejército sitiador en Mayo. Había en él dos batallones de Wirzbourg, dos de Berg, uno de otros Estados menores del Rhin, cinco y dos compañías de artillería de Westphalia, todos de la division Morio; algunos batallones del 2.º, 6.º, 56 y 113 regimientos franceses de línea y del 32 ligero; un batallon suizo, uno de la guardia del Rosellon, el regimiento de cazadores á caballo núm. 28, el segundo de caballos ligeros napolitanos, y varias compañías de artillería y zapadores. Poco despues, segun se ha dicho, se reunió á ese ejército la division Lechi, toda ella italiana.

Ter con su fortuna, próspera ó infeliz, los aguardan impertérritos en Santa Lucía y Alemanes, apoyados por Iliberia y Baza, y un pueblo inmenso, próceres, industriales, sacerdotes, cristianas y enérgicas mujeres dispuestas, como los hombres, á sacrificarlo todo por el propio honor y el de sus hogares y familias. La lucha es terrible, y el éxito anda dudoso mucho tiempo sobre á quién inclinarse de los combatientes, si á los invasores que, como un torrente, invaden los emplazamientos y reparos hechos para la defensa, si á los que, como el huracan á las arenas, los barren y arrojan al barranco inmediato del Gallygans para confundir su orgullo. Y lo mismo que en Santa Lucía y Alemanes, sucede en San Cristóbal y la torre de Gironella, donde tambien son repelidos los franceses con grandísima pérdida de oficiales y soldados. Ni el ímpetu, otras veces incontrastable, de una tropa acostumbrada á arrollarlo todo y destruirlo; ni la energía y la abnegacion de los jefes marchando á su cabeza y sacrificando la vida en lo alto de las brechas; ni la frecuencia de los refuerzos enviados por los generales, y el fuego cada vez más violento de la artillería, bastaron á cansar una resistencia que tambien á cada punto se mostraba más y más tenaz, segun que se veía coronada por victoria tan brillante y tan completa.

Horroriza el conocimiento de las víctimas en aquella lucha verdaderamente homérica. Y es que nadie busca reparos en que guarecerse, bóvedas donde ocultarse, ni obstáculos que oponer; y sobre los parapetos y en lo alto de las brechas descuellan los defensores á descubierto y desafiando la furia de sus enemigos. La carnicería se hace así más fácil; y en accion tan arrogante, y en la emulacion que produce tamaña temeridad, contagiosa á todos, caen del muro ó envueltos en los escombros centenares de valientes y los que, por dar ejemplo sobre todo, ofrecen su pecho para cubrir el de los que ni tienen la obligacion ni esperan la recompensa que á ellos animan (1).

(1) La pérdida en oficiales fué desproporcionada á la de las clases de tropa; y se atribuye á que Ultonia y Borbon presentaron en la brecha de Alemanes un oficial para cada cuatro soldados, causa, dice uno de los cronistas de aquel sitio, de tan honrosa defensa.

En Alemanes fué herido mortalmente el general D. Joaquin de Mendoza, gobernador que habia sido de Gerona al comenzar la guerra, y de puesto por el pueblo.

Don Pedro Bruguera, oficial que era entónces de Ultonia y uno de los héroes de aquel día, retirado ahora en Barcelona, escribia de él hace muy poco, que era militar sumamente apreciable y que, áun cuando nadie, que él supiese, hubiera hecho mérito de su persona ni servicios en aquella ocasion, habia sido uno de los defensores de dicha ciudad, y herido de bala de fusil en la cabeza cuando el grande asalto. Añadia el Sr. Bruguera que el general Mendoza «fué el único que en la rendicion del castillo de San Fernando, en la guerra anterior con Francia, se

No toca aquí el nombrarlos, que fueron muchos y todos merecedores del galardón de la fama; pero uno, entre ellos, lo obtendrá en los fastos españoles hasta la posteridad más remota. El coronel Marshal, un inglés que, llevado de sus sentimientos caballerescos y deseando cerciorarse de hasta dónde llegaria el de la patria en los españoles, se habia encerrado en los muros de Gerona y agregádose al regimiento de Ultonia, fué mortalmente herido junto á la brecha de Santa Lucía para, conducido al hospital, dar, al morir, testimonio de su admiracion por la nacion española. Sus últimas palabras, que la Historia conservará cuidadosa, como arrancadas de labios donde por todas esas circunstancias sólo cabia la imparcialidad más severa, fueron para su noble jefe, para el Gobernador de la plaza en que dejaria su despojo mortal. Al exhalar el postrer aliento, «decidle, exclamó, que es el mejor general de Europa.» Y esto que parece hipérbole al considerar las guerras de aquella época y el hombre que las provocaba y los que seguian su refulgente estrella, era, sin embargo, la ex-

negó á firmar la capitulacion, como que en la pared del pabellon donde se firmó habia él mismo visto la señal que dejó la tinta al tirar el General la pluma por no suscribir á trato tan vergonzoso.»

Véase el Apéndice núm. 6, con la relacion de las bajas de aquel dia.

presion del asombro que en todos, nacionales y extraños, debia causar tanto valor, energía tan entera, tan pertinaz constancia y patriotismo y abnegacion tan sublimes como las que el general Álvarez desplegó en aquella ocasion extraordinaria.

Nuestro insigne historiador, el Conde de Toreno, dice, refiriéndose á la accion del gobernador de Gerona en aquel asalto: «Álvarez, á su cabeza (la de los defensores), grave y denodado, representábase á la imaginacion en tan horrible trance á la manera de los héroes de Homero, superior y descollando entre la muchedumbre, y cierto que si no se aventajaba á los demas en estatura como aquéllos, sobrepujaba á todos en resolucion y gran pecho» (1).

Aun se elevarian á esferas más altas esas generosas cualidades que le han valido la inmortalidad.

Tan completa, volverémos á decirlo, fué la victoria de los gerundenses en el asalto del 19 de Se-

(1) D. Juan Nieto Samaniego, jefe de la Sanidad militar en Gerona, al describir el asalto del 19, decia: «Un torbellino de fuego cubre la brecha y el cuartel de Alemanes; truena la artillería; nuestro general vuela de peligro en peligro; se halla en todas partes dictando órdenes, reanimando el valor de nuestros defensores, y con su ejemplo mostrándoles el deber que tenian de conservar la palma de la victoria.»

Todos convienen en que aquel dia se mostró Álvarez superior á cuantos elogios pudieran dirigírsele.

tiembre, que los franceses desistieron para siempre de la empresa de rendir por la fuerza de las armas la ciudad que poco ántes esperaban ver al más ligero esfuerzo destruida. Los mismos que, contra todo consejo de prudencia, se negaron á dilatar el asalto con la esperanza, con la seguridad mejor, de un éxito seguro, eran ahora los más opuestos á continuar el sitio por los procedimientos de la fuerza.

El escarmiento fué, con efecto, ejemplarísimo. A la espada de los valientes, como diria uno de nuestros ilustres antecesores en esta docta asamblea, á la espada de los Bayardos, los Condés y los Turenas, se substituyó, para conquistar Gerona, la espada del tiempo, la del hambre y de la peste. Calló la pólvora y enmudecieron los cañones, tan atronadores hasta entónces; sólo se oyó sonar el sordo zapapico envolviendo la ciudad heroica con nuevas y más robustas y dilatadas trincheras, para privarla de toda comunicacion; y un Saint-Cyr, el atrevido general del Rhin é Italia, el que con tan rara temeridad acababa de ejecutar la marcha, que no há mucho recordamos, á Barcelona, como su sucesor el Duque de Castiglione, aquel Augerau que en la Favorita y en Arcole arrebatava de admiracion al ejército por su arrojo, dejan á la miseria, aterradora ya, que acabe su obra

cebándose en los que aún podían mostrar su pecho en las murallas.

Y se cebó hasta saciarse de desolación y muerte. Los víveres del convoy del 1.º de Setiembre, repartidos por Álvarez con el pueblo, se habían á los pocos días agotado; y si ántes del asalto era la ración escasa y consistía en legumbres putrefactas ya y un poco de pan, ni aún éste pudo luego hacerse, y fué necesario moler el poco trigo que quedaba en los almireces de las casas y las piedras de las calles (1). La carne se hizo rarísima, aún para los enfermos, y poco después no había más que la de los caballos de los oficiales y las acémilas del convoy, que se comía con la mayor repugnancia, vencida por Álvarez con sus exhortaciones primero, y con el ejemplo después y hasta las amenazas (2).

Aquella carne, sin embargo, era manjar, días después, dulce y sabroso comparado con la nauseabunda de los animales más inmundos con que hubieron

(1) « No hay que apurarse por eso, buen hombre, dijo Álvarez á un miquelete; si no hay harina, comerémos grano, y á falta de éste, madera. »

(2) Sólo se reservaron los caballos del escuadrón de San Narciso, por si era necesaria su acción en alguna salida.

los defensores de alimentarse, arrebatándose los, al fin, por la fuerza ó á precios subidísimos (1).

Al azote del hambre siguió muy de cerca el mortífero y más aterrador aún de la peste, su inseparable compañera. Los auxilios exteriores se hicieron imposibles con el aumento de las tropas francesas y la vigilancia en que se había cambiado su acción militar, y otro convoy quedó casi entero en manos del enemigo, por exceso de confianza en el jefe que lo conducía y falta de prevision en los que lo custodiaban ó habían de apoyar su marcha (2).

Las gentes caían muertas por la calle, sin hallar una mano que pudiera ofrecerles alivio alguno, y hasta se vieron centinelas derrumbarse del muro exánimes, atentos, sin embargo, á sus deberes y fae-

(1) En el Apéndice núm. 7 puede verse la comunicación dirigida á D. Mariano Álvarez por la Junta gubernativa, en que se pone de manifiesto el estado de la ciudad el 4 de Noviembre.

(2) Cortado el convoy, la situación de O'Donnell, que lo dirigía y quedó del lado de Gerona con poco más de mil hombres de la vanguardia, se hizo extremadamente difícil. Diez y ocho días permaneció acampado entre los fuertes del Condestable y Capuchinos, hasta que « habiéndose, dice Minali, bien impuesto por algunos espías de las posiciones de los cuerpos enemigos que bloqueaban á la plaza y que ocupaban todas las avenidas á ella, determinó volver á incorporarse con sus tropas en el ejército de operaciones..... y en la noche del 13 al 14 bajó de la montaña con el mayor sigilo y se dirigió hácia Hostalrich, arrollando á la bayoneta los cuerpos ó puestos avanzados enemigos..... »

nas militares (1). Los forasteros acogidos á la ciudad al comenzar el sitio, y sin resolucion para abandonarla al hacerlo las tropas del convoy, perecieron casi todos, desprovistos de los medios que siempre dan la prevision de los acontecimientos, el calor del hogar propio, la vecindad y la familia. Aun así, los

(1) Schépeler, elogiando la conducta de nuestros soldados, dice : « Los enemigos llevaban los desertores á los puestos avanzados, bebían y comían con ellos para atraer otros, y los italianos generalmente, enseñándoles pan y carne, trataban de quebrantar la lealtad de los soldados. Un español hambriento, con tal tentacion vaciló en adelantarse, exclamando : *¡Satanas, tú me seduces!* El italiano le respondió riendo : *Más vale comer por la patria que morir por ella.* La palabra *patria* hizo que el español se recobrara ; cogió su fusil y gritó fieramente á su enemigo : *Véte; ¡ojalá pueda yo salvar la patria como ella me salva á mí en este momento!* »

El general Fournás, en un manuscrito cuyo extracto ha publicado recientemente en Francia C. de Motnzey, dice así : « La guerra, pues, que teníamos que sostener en la ciudad era la más terrible ; y era el hambre, la miseria y las enfermedades los que nos la hacían. En sólo el mes de Noviembre murieron 800 soldados (fueron 1.378) en los hospitales, sin auxilios, sin remedios, y la mayor parte desnudos y en el suelo ; las gentes de la ínfima plebe morían á centenares (casi todas las familias pobres), y todas las mañanas se encontraban en las calles mujeres y niños muertos de hambre. »

Y añade despues : « Las guardias no eran relevadas ; el soldado no tenía otro cuartel que su puesto, y no salía de él más que para ir á aumentar el número de los moribundos ó de los muertos. »

Schépeler hace constar que no se veía mujer alguna encinta, « allí, dice, donde todo germen se había extinguido. » Lo mismo dice Toreno.

gerundenses, por hacer partícipe de sus recursos á la guarnicion, como ella acudia á su penuria en ocasiones oportunas, se encontraron en los últimos meses sin los indispensables tambien para arrostrar situacion tan apurada. Comunes habían sido la abundancia y la gloria de los sitios anteriores, y creyeron debían serlo en éste las privaciones, las fatigas, los riesgos, la fortuna, en fin, que sólo brindaba á todos con un porvenir de esclavitud ó muerte. Faltaban además medicinas para los enfermos y heridos de la ciudad y el ejército, y los hospitales no ofrecían otro recurso que el impotente de la ciencia sin medios, y el de un abrigo más temido que deseado, por dirigir el sitiador á él sus bombas y granadas.

Era verdaderamente desgarrador el espectáculo que ofrecía Gerona en aquellos últimos meses de su memorable sitio. Un sordo rumor, el de la desesperacion más sombría, reinaba en la ciudad, interrumpido tan sólo por el estrépito de las bombas con que se quería recordar, sin duda, á los moradores que allí estaba el enemigo, inmóvil en sus posiciones, fijo en sus propósitos, espionando el momento de acabar su obra hazañosa de aniquilacion. La arrogancia española parecía ceder su puesto á la tristeza de la inaccion ; y más que en los habitantes, que podían

disculparla con su estado ú ocultarla en su hogar, aparecía en el continente tétrico de los hombres de armas, que no hallaban ocasiones con que distraerla resistiendo los asaltos y buscando en ellos la única muerte que suponían gloriosa y digna. Y de ahí lo extraño de las conspiraciones que comenzaron á urdirse para dar fin, el más inmediato posible, á aquella situación desesperante; conspiraciones que si hallaron prosélitos en los gerundenses, fué en muy pocos, cuya debilidad motejaron los demás, resignados á sepultarse en los escombros de la casa natal; pero no así en la guarnición, que pretendía abrirse paso por entre los enemigos, creyendo sus servicios más útiles en el ejército de operaciones que en una plaza próxima ya á su ruina.

Álvarez logró en un principio acallar las lamentaciones de los primeros con burlas unas veces, y con amenazas otras (1). La resolución de los militares

(1) Á uno de los que por sus lamentaciones llamaban los gerundenses *Agonizantes*, y que se atrevió á hacer ante Álvarez la reflexión de que ya se había hecho Gerona bastante inmortal para pensar en una capitulación honrosa, le contestó lleno de cólera el General: «¿De modo que usted es el único cobarde que hay aquí? Bien, cuando falten del todo los víveres nos lo comeremos á usted, y cuando se acaben los de su calaña, yo veré lo que debe hacerse.» Y mandó publicar de nuevo el bando que castigaba con pena de la vida al que pronunciase la palabra *capitulacion*.

ofrecía mayor gravedad, como que significaba la pérdida irremediable é inmediata de Gerona; mas tenía su Gobernador, para conjurarla, el código rigurosísimo de las Ordenanzas y la decidida cooperación de todos los jefes (1).

«Lo mismo es morir de hambre que en las brechas, les decía Álvarez; perecemos en estas ruinas ó se levanta el sitio» (2).

No parece sino que la fiebre, que no le dejaba un día, y aquel carácter que con ella se le agriaba más y más, el patriotismo y el ansia de la inmortalidad le impulsaban al sacrificio, en que lo ménos que creía perder era la vida, áun debiéndole ser tan apreciable por las ovaciones y laureles que le esperaban (3).

(1) Haro dice con este motivo: «Así la guarnición estaba conmovida, esperando su muerte inevitable, y exclamando que pues no había qué comer y faltaban enteramente las demás cosas indispensables para la vida, se debería adoptar el partido de abrirse paso por enmedio de los enemigos, é irse á incorporar al ejército, donde áun podrían servir con utilidad defendiendo la patria. Mas aunque los jefes de los cuerpos contenían estos rumores, enteraban al Gobernador del espíritu público y le hacían presente sin cesar la urgentísima necesidad de subsistencias.»

(2) En este pasaje y en otros varios de la historia del sitio de Gerona se ve que Álvarez llevaría su pertinacia patriótica hasta los sublimes horrores del *hambre calagurritana*.

(3) Véanse en el Apéndice núm. 8 las Reales órdenes y decretos expedidos en loor suyo.

A pesar de eso, sus comunicaciones al General en jefe y al Gobierno central dan bien explícitamente á conocer su vigilancia en la plaza para que no se trasluciesen las proposiciones, en verdad generosas, que diariamente le enviaba el mariscal Augereau, la pena que le producian las quejas, no infundadas, de los infelices habitantes de la ciudad, y sus recelos por el estado precario que se revelaba en la moral y la disciplina de las tropas.

¿Qué habia, con efecto, de contestar á aquellos bárbaros pero elocuentísimos versos de un pasquin,

«Gerona, abre el ojo y verás
Que Blacke te engaña
Y Alvarez con su rigor y saña;
Tú de hambre te morirás?» (1).

¿Qué habia de responder, decimos, sin víveres que dar á los gerundenses, ni esperanza, remota siquiera, de socorros? «Por el Rey nuestro Señor, escribia al general Blacke el 3 de Noviembre, pido á V. E. que inmediatamente la emplee (la fuerza) en libertar esta plaza y en castigar á los perturbadores del orden, sin el menor momento de pérdida

(1) Para conocer bien la situacion de Gerona en aquellos dias, tan distantes, sin embargo, aún del de la capitulacion, léanse los despachos de Alvarez del 2 y 3 de Noviembre en el Apéndice núm. 9.

de tiempo. En el supuesto que protesto todos los daños y perjuicios que se causen y sigan tanto á esta invicta ciudad como á toda la nacion española, por la falta del pronto socorro y fuerza armada que necesito.»

É inspirándose en el espectáculo que tenía á la vista y en la idea de su único remedio, con el orgullo de quien tanto ha hecho para corresponder á la confianza de todos, y dejándose llevar de aquel genio de hierro, tan intransigente para los demas como para él mismo, terminaba así: «El dador es un Subteniente del 2.º Tercio de Vich, que debe volver sin ningun retardo con la contestacion categorica de que V. E. executa ó que no puede ó no quiere.»

Pero al tiempo que enderezaba reclamaciones tan enérgicas á las autoridades del Principado y de la Nacion, exigia de sus administrados y súbditos la obediencia más ciega y los sacrificios más costosos. Por si el enemigo, abandonando su inaccion y advertido del estado miserable de los defensores, intentaba algun nuevo asalto á las brechas, abiertas aún por falta de brazos que las reparasen, dictó la orden de 8 de Noviembre, uno de los títulos más legítimos de su gloria:

«Todas las tropas, decía en ella, que cubren las brechas, cortaduras y demas obras de defensas, deben tener entendido que las que guarnecen las segundas cortaduras y la artillería de las calles tienen orden de hacer fuego en caso de ataque contra cualquiera que venga de los primeros, sea español ó frances; pues todo el que huye y abandona su puesto debe considerarse como enemigo» (1).

No concluiría, Señores, si hubiera de recordar aquí los actos de vigor que ejecutó aún el ya teniente general D. Mariano Álvarez, rechazando los parlamentos enemigos, que nuestras avanzadas no acogian ya con la dureza ó el desprecio de ántes; las severidades ejercidas en la ciudad, aún mostrándose tan generosa, y en su presidio tan valiente y sufrido; los documentos, en fin, que las recuerdan y justifican. Esa es precisamente una de las diferencias más esenciales que se observan entre el sitio de Gerona y los de otras plazas que dieron también á España la justa fama de invencible en la guerra de la Independencia. Si en algunas de ellas el pueblo, llevado de su instinto de libertad y de los belicosos innatos en él,

(1) Al Oficial encargado de una comision fuera de la plaza, que le preguntó á qué punto se retiraria si era rechazado, le contestó secamente Álvarez : «Al Cementerio.»

opone la resistencia de los de su raza en las antiguas edades, es con la autoridad del desorden, del capricho y de las violencias, que no se sujeta á ninguna otra, por legítima que sea ni bienquista, ni aún admirada. En Gerona no existe ni se conoce otra autoridad que la de Álvarez; no se siente otro impulso ni se respetan más providencias que las del que, en cambio, echa sobre sí las responsabilidades y participa de los peligros, de las privaciones y de la suerte de todos. Mezcla de popular y de técnica, pues que en las salidas y en los asaltos se ve la abigarrada muchedumbre del pueblo junto á la masa compacta y uniforme del soldado de la patria, no se dirige la defensa por otra mano, ni se mueve por otros resortes que la mano y la voluntad de su Gobernador. Eso prueba el carácter de Álvarez y su pericia; porque sin el respeto y la admiracion no se conquista la confianza, base la más sólida para el mando en cargo tan espinoso y comprometido.

Más cansado el mariscal de esperar que los gerundenses de sufrir, creyó improrogable, por vergonzosa y por ineficaz, tan larga expectacion como la en que se habia colocado desde el fracaso de los asaltos; y cerca de tres meses despues, á los ocho de sitio tan laborioso, y entrado ya el de Diciembre, volvió á em-

prender la construcción de baterías que, entónces y opuestamente á lo ejecutado hasta allí, se levantaron en la zona inferior y contra los baluartes, todavía intactos, de la puerta del Cármen y el Mercadal. Y viendo los estragos que causaban y el resultado de los ataques, en un principio llevados con sobrada timidez, aumentó la artillería y repitió las que, mejor que asaltos formales y decisivos, tenían el carácter de algaradas sobre los arrabales, los edificios próximos á la muralla y los reductos exteriores, que logró, aunque momentáneamente, aislar de la plaza (1).

Parecía ya inminente la entrada de los franceses en el recinto. Eso era, sin embargo, lo que más lisonjeaba la ambición de Álvarez, pues que le ofrecía la esperanza de as estar á los invasores un golpe decisivo en las casas y las calles de la ciudad, donde todas las ventajas estarían de parte de los sitiados (2).

(1) En la noche del 6 al 7 de Diciembre se apoderaron las tropas alemanas de las casas de Gironella, cortando así la comunicacion con el fuerte del Condestable y los inmediatos de la Reina Ana y Capuchinos, que sólo tenían víveres para dos días; pero á favor de una salida sumamente vigorosa se logró abastecerlos para otros tres, únicas raciones que pudieron recogerse, y que se llevaron en los quince mulos que aún quedaban en Gerona.

(2) Al manifestarle algunos el temor de que los enemigos penetrasen por la parte del Cármen, contestó muy satisfecho: «¡Ojalá sucediese, para matar cuatro ó cinco mil dentro de la ciudad!»

Pero estaba ya escrita la ruina de Gerona en el gran libro de los destinos humanos, y lo había el cielo fijado y lo señaló hiriendo á la ciudad heroica en su baluarte más robusto, en D. Mariano Álvarez, su corazón y su cabeza (1).

La fiebre que le devoraba tomó con su persistencia y con las penalidades y los sinsabores del mando un carácter maligno, postrándole á punto de temerse un fin próximo, y apresurarse los que le rodeaban á administrarle los auxilios postreros de la Iglesia.

Aquel corazón de hierro, templado en las para él siempre encendidas fraguas de la guerra, y aquella alma generosa, contrariada, pero nunca vencida por género alguno de adversidades, se rindieron al cabo á una fuerza superior que á nadie es dado resistir, la de la Voluntad Suprema, á la que nada tampoco tuerce cuando va dirigida á los inescrutables fines que se propone (2).

(1) El canónigo Cundaro le llama en su manuscrito *alma de la defensa*.

(2) En unas notas biográficas que tenemos, únicas fidedignas por proceder de persona de su familia, se lee que aún siendo en sus primeros años muy endeble, por haberse resistido á tomar otro pecho que el de su madre, á la sazón enferma, no se le vió rendir nunca la cabeza, erguida siempre sobre sus hombros. Quedó muy pronto sin padre,

Con la separacion de Alvarez de las responsabilidades del mando caian derrumbados los muros, más que el bronce robustos, de la constancia gerundense, quebrantada, más que por la fuerza enemiga, por la prudencia de la Junta de Gobierno que, como colectividad, no podia atesorar las cualidades de carácter ni las ambiciones que constituyen la excelencia en el mando (1).

Aun mantuvo algun dia la plaza el teniente-rey D. Julian de Bolivar, que la habia defendido en los sitios anteriores, temiendo, de entregarla inmediatamente, una comparacion que tan desfavorable habia de serle; pero reunida una Junta militar, resultó lo que de todas, la capitulacion, todo lo honrosa, sin embargo, que cabia en situacion tan triste (2).

Así cayó Gerona, cuya defensa, sin las piras ni hecatombes antiguas, impropias de la cultura actual, imposibles entre cristianos que padecen, sufren y mueren, pero no se suicidan, es, con todo, de las

tambien delicado de salud por las asperezas y cilicios con que se castigaba; y si pudo seguir los impulsos de su inclinacion marcial, fué por su madre, *animada*, dicen las notas, *de un espíritu superior á su sexo*.

(1) «Sólo el hambre, dice Bucher, y la falta de municiones pudo vencer la obstinacion de los españoles.»

(2) Véase la capitulacion en el Apéndice núm. 10.

que pueden resistir el paralelo con la de las más insignes ciudades de los tiempos primitivos y dar lugar á la sublime exclamacion del poeta neo-latino:

«¿QUID. TROIA?

¿QUID. SAGUNTUS?

¿QUIDVE. NUMANTIA?

SOLA. FORTIS. IN. ORBE.

GERUNDA.»

A los reveses, con efecto, de los cónsules, primeros sitiadores de Numancia, podrian compararse los de los generales franceses Reille y Verdier, y á la prudencia del Segundo Africano y á su constancia y energía, las de Saint-Cyr y Augereau, que hubieron tambien de apelar al rudo trabajo de las trincheras, que sustituyó á las sangrientas é infructuosas lides de las brechas. A un Megara, idealizado en las leyendas latinas y la fábula de nuestro Cervántes, podriamos tambien oponer la real, ingente y admirable figura de D. Mariano Álvarez, que á igual valor, la misma pertinacia y superior inteligencia, reúne la triste fortuna de un martirio lento, tan denigrante para sus enemigos como glorioso en él (1).

(1) Hé aquí tambien la inscripcion que el Sr. Rodera dedicó al ge-

No es día, Señores, el de hoy para discutir y apurar la razón de la vuelta de Álvarez á España, ni su misteriosa muerte en la fortaleza de Figueras; es tan grave el suceso y se presta á tantos comentarios; sería tan horrible el crimen, de hacerse manifiesto á la luz de los hechos y con un criterio eminentemente imparcial, que es preferible dejar su recuerdo para ocasiones de análisis ajenas de la presente. La generosidad que halló en los valientes al entrar los franceses en Gerona, honrando en Álvarez, con muestras inequívocas de respeto y benevolencia, el heroísmo de los defensores, disculpan la ira de uno de sus mariscales al arrancar la lápida que conmemoraba la muerte de nuestro insigne compatriota en una cuadra lóbrega é inmunda del castillo de Figueras. Lo que no tiene explicación es la conducta del

frío político, del ambicioso detentador de nuestra

D. O. M.
 ALVAREZI. VIR. PRAECLARE.
 INTEGER. VITAE.
 SCCLERISQUE. PURE.
 DULCE. DECUS. PATRIAE.
 NOBISCUM. MANES.
 NON. MORIETUR.
 GLORIA. FAMA. TUI.

independencia, del grande Emperador, que reveló una vez más, entónces, que nunca supo perdonar la resistencia á sus despóticas voluntades, áun siendo tan leal y tan extraordinaria y caballerosa. El que incansable en sus elogios á un Masséna, que entregaba, sin embargo, á Génova, confesando ántes que con dos dias más de víveres, con uno solo, llegaría á salvarla; el que tanto presumía de honrar á los vencidos en los campos de batalla, no sabía reservar su admiración para un pueblo como el gerundense, y ménos para su indomable Gobernador, cuya memoria, sin embargo, invocarian sus descendientes en las grandes crisis de la Francia. ¡Cómo había de comprenderlos ni estimarlos quien no tenía, áun rodeado de valientes, uno capaz de sacrificio tan sublime por su causa, pero sí muchos que le alabasen sus atentados de Vincennes y Valençay!

«¡Flaquezas del espíritu humano!», dice un escritor alemán; «soberanos y conquistadores caen en el error de Alejandro, el de parodiar á los dioses, y consideran á sus más valientes adversarios como rebeldes al destino. ¡Napoleon hubiera conseguido arrancar laureles á las glorias de Zaragoza y de Gerona, y ceñírseles á su diadema, de haber honrado á los defensores: se mostró cruel con ellos, y su nom-

bre corre ahora unido al de la destrucción, como el del genio sangriento de la guerra» (1).

He dicho.

(1) Véase el Apéndice núm. 11, sobre la muerte del general Álvarez.

APÉNDICES.

APENDICES.

NÚMERO 1.º

Partida de bautismo de D. Mariano Álvarez.

«En Granada, á catorce dias del mes de Septiembre de mil setecientos quarenta y nueve años, yo el Dr. D. Pedro Lopez Aparicio, Canónigo de la Iglesia Colegial de la Ciudad de Santa Fé, y vicario de ella y su partido exconsensu parrochi, de esta Iglesia de nuestra señora de las Angustias, bautizé solemnemente en ella á Mariano Josef Manuel Bernardo, que nació el dia ocho de este mes y año, hijo legítimo de D. Francisco Álvarez Gonzalez de Castro y doña Apolonia Joaquina Lopez Aparicio, ambos naturales de esta ciudad; fué su compadre D. Josef Álvarez Gonzalez de Castro; testigos, el Dr. D. Cristóbal Olarías y García, Beneficiado de esta iglesia parroquial, D. Antonio Aparicio, asimismo beneficiado de la de San Nicolás de esta ciudad, y D. José Perez de Orozco, vecinos de Granada.—Dr. D. Pedro Lopez Aparicio.—D. Félix Níspero Martinez.»

Parece que descendía de aquel castellano partidario de D. Pedro, cuyo epitafio decia: «Aquí yace Ferran Ruiz de Castro, *toda la lealtad de Castilla.*»

NÚM. 2.º

«El generoso ofrecimiento que V. S. me hace en la suya de 5 del corriente, de contribuir por su parte con treinta libras catalanas mensuales para gastos de fortificación, y la liberalidad de los demás oficiales de esa guarnición que imitan tan bizarro ejemplo como V. S. les da, ha llenado todas mis esperanzas, y doy á V. S. y demás contribuyentes las más expresivas gracias, aprobando, como V. S. me propone, que su producto se destine á las obras de esa plaza como la más interesante del Principado.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Tarragona, 21 de Junio de 1809.—El Marqués de Coupigni.—Hay una rúbrica.—Sr. D. Mariano Álvarez.»

NÚM. 3.º

Fuerza que componia la guarnicion de la plaza de Gerona desde el 6 de Mayo de 1809 hasta el dia de su capitulacion.

CUERPOS.	En 6 de Mayo.	En 11 de Diciembre.
Regimiento de Ultonia, 3 batallones.	800	250
Id. de Borbon, 3 idem.	1300	360
2.º batallon de Voluntarios de Barcelona.. . . .	1125	378
1.er batallon de Migueletes de Vich.	600	250
1.er batallon de Migueletes de Gerona.	1120	380
TOTAL de infantería.	4945	1618
Escuadron de San Narciso. <i>caballos.</i>	108	50
Real cuerpo de artillería.	278	140
Migueletes del 2.º tercio de Gerona, agregados á la artillería.	240	100
Marineros de la Costa de mar, agregados á idem.	130	90
Real cuerpo de zapadores minadores.	22	10
TOTAL de fines de Junio.	5723	2008
<i>Refuerzos entrados en la plaza en los días 1.º de Julio, 3 y 17 de Agosto y 1.º de Setiembre.</i>		
Del 2.º tercio de Migueletes de Gerona, que se agregó á la artillería.	100	50
Del regimiento infantería de Santa Fé, que se agregaron á idem.	20	10
Batallon de Migueletes de Cervera.. . . .	500	320
Parte del 1.er batallon de Migueletes de Vich.	300	200
Partida del batallon de Voluntarios de Tarragona.	60	40
Regimiento infantería de Baza.	1368	1074
Compañía de granaderos del regimiento de Iberia.	100	56
1.er batallon de Migueletes de Talarn.	500	200
2.º batallon de idem.	400	190
2.º batallon de Migueletes de Vich.	300	100
TOTALES.	3648	2240

NOTAS.

1.^a En la fuerza que se manifiesta van incluso los oficiales, sargentos, cabos y músicos, tambores menores de edad, asistentes y soldados.

2.^a Por este estado se ve claramente que la primitiva guarnición se componía de 5.723 hombres de todas armas, y que perdió durante el sitio, entre muertos, prisioneros y desertores, las dos terceras partes de su fuerza.

3.^a Los refuerzos que entraron en la plaza ascienden á 3.648 hombres, los cuales perdieron la tercera parte de su fuerza.

4.^a Al principio del sitio había en el hospital militar cerca de 1.000 hombres enfermos, y cuando se capituló había en los diferentes hospitales más de 1.600 hombres enfermos, sin contar los convalecientes y otros de gravedad que estaban en los cuarteles por no haber cabido en aquéllos; pero muchos de los enfermos y heridos quisieron seguir la suerte de sus cuerpos cuando éstos evacuaron la plaza; de manera que quedarían en ella unos 1.090 hombres, que absolutamente no se pudieron levantar por sus enfermedades ó heridas. Muchos de los marineros, que se habían agregado á la artillería, naturales del país, y varios jóvenes de menor edad se quedaron en la plaza como paisanos; algunos músicos y tambores se alistaron con la tropa francesa, y varios desertores del ejército sitiador volvieron á sus cuerpos, por lo que la tropa de todas armas que salió de la plaza el 11 de Diciembre constaría, poco más ó menos, de unos 3.200 hombres.

(*Historia militar de Gerona*, por D. Guillermo Minali.)

NÚM. 4.º

Organización de las compañías de la «Cruzada Gerundense».

«Nos D. Juan Ramirez de Arellano, por la gracia de Dios y de la Sta. Sede Apostólica, obispo de Gerona, del Consejo de S. M., etc.

»Al venerable clero secular y regular de esta ciudad, y á todos los que aspiren al estado eclesiástico, salud en el Señor.

»Habiéndonos hecho presente por la M. I. Junta de Gobierno de esta ciudad la urgentísima necesidad de que en las actuales circunstancias todos los vecinos de la misma aptos para el manejo de las armas, sin distinción de clases ni estados, concurran á la defensa de la plaza, amenazada de ser atacada por el enemigo que tiene á la vista, y que á este fin sería más útil y conducente la creación de un cuerpo titulado «Cruzada Gerundense», creado precisamente para la defensa de esta plaza durante el sitio, y para la prévia instrucción en el manejo de las armas, necesaria ó conducente al mismo fin, cuyos individuos lleven por distintivo una medalla en el pecho; y convencido de que la precisa necesidad es absoluta é inmediata, condescendiendo á la justa solicitud de la expresada muy I. Junta; Hemos venido á aprobar por lo que á Nos toca la referida Cruzada; y nos prometemos del celo patriótico de todo el clero, que tenemos bien experimentado en cuantas ocasiones han ocurrido, que se prestará gustoso

á aumentar el número de individuos de la nominada Cruzada, asegurando, como aseguramos á los mismos y todos los que aspiren al estado eclesiástico, que, léjos de pararles por esto perjuicio alguno, les servirá de un mérito particular, que siempre tendremos presente. Gerona y Junio, 9 de 1809.—Juan, obispo de Gerona.—Por mandado de S. S. Ilma. el Obispo, mi señor.—D. Ramon Serrano, secretario.»

A las palabras del Prelado siguió la publicacion del Real decreto de 28 de Junio, en el cual, estimulando la Junta Central á los españoles á armarse todos contra los franceses, les ponía por ejemplo el de Gerona; y, aprobando la organizacion de la Cruzada, decia á los demas habitantes del Principado:

«¡Catalanes! Tan interesados sois en la conservacion de Gerona como sus mismos vecinos. Ella es hoy la llave de Cataluña: miéntras esté en poder vuestro, los franceses se hallan en todos momentos expuestos á ser arrojados del país; si la perdeis, no bastarán despues torrentes de sangre que se viertan para salvaros de su yugo: si amais verdaderamente vuestra libertad; si aborreceis á los franceses; si conservais la entereza de carácter y el heroico teson de vuestros mayores; si quereis aprovechar este valor y esos grandes sacrificios, dirigid y ordenad vuestras fuerzas á la salvacion de Gerona. Aunáos, y siguiendo la direccion que os dé el General de la Provincia, haced que los franceses sufran por tercera vez la afrenta de ser repelidos. Para excitar y recompensar el celo y patriotismo de

aquellos naturales á una empresa de tan gran consecuencia, el Rey Nuestro Señor D. Fernando VII, y en su Real nombre la Junta Suprema gubernativa del Reino, ha decretado lo siguiente:

» 1.º Se aprueba la cruzada que, á imitacion de la de Extremadura, ha adoptado la ciudad de Gerona para su defensa.

» 2.º Se convida á todos los catalanes á que se alistén en ella bajo las mismas reglas y principios.

» 3.º A todos los que se envíen y acrediten haber subsistido constantemente haciendo el servicio por el tiempo que dure la guerra actual con la Francia, se les declara libres de personal para siempre á ellos, sus hijos y descendientes.

» 4.º A todos los que por su clase no se hallan sujetos á la contribucion y hagan el mismo servicio, se les premiará proporcionalmente.

» 5.º El presente decreto se imprimirá y circulará á quien corresponda para la debida ejecucion.

» Tendréislo entendido y dispondréis lo conveniente á su cumplimiento.

» Y lo comunico á V. E. para su inteligencia y puntual cumplimiento. Dios guarde á V. E. muchos años.—Real Palacio del Alcázar de Sevilla, 29 de Junio de 1809.—Martin de Garay.—Sr. Presidente y Junta Superior de Cataluña.»

«Quitados todos los diques y embarazos que tenian represados los deseos patrióticos de muchos sujetos de todas las corporaciones y clases de la heroica ciudad, dice el P. Cúndaro, soltó tanto el entusiasmo como un torrente sus ave-

nidas, que la casa de alojamiento del Coronel de Ultonia se vió luégo inundada de personas de todos estados que iban á alistarse á la Cruzada y agregarse al número de los valientes defensores de la plaza. Organizáronse ocho compañías completas, á las cuales se añadió otra titulada «Reserva del General». Cada una de ellas constaba de un Capitan, dos subalternos, cuatro sargentos y ochenta y ocho soldados, excepto la de los Regulares, en la que, siendo cinco las escuadras, eran cinco los sargentos, diez los cabos y ciento y tantos los soldados.»

Los capitanes y subalternos que componian las referidas compañías fueron los que se expresan en el estado siguiente:

COMPAÑIA DE ECLESIASTICOS SECULARES.

Capitan, D. Francisco Condom, canónigo de la Colegiata de Gerona.

Teniente, D. Antonio Morales, beneficiado de la santa iglesia de Gerona.

Subteniente, D. Francisco Grau, beneficiado de la santa iglesia de Gerona.

COMPAÑIA DE ECLESIASTICOS REGULARES.

Capitan, el Rdo. P. Fr. Manuel Cundaro, de la Orden de San Francisco de Asís, Lector de Teología.

Teniente, el Rdo. P. Fr. Tomás Pí, de la Orden de Santo Domingo, Lector de Prima.

Subteniente, el Rdo. P. Fr. Silvestre de Mataró, capuchino, Sublector.

COMPAÑIA DE RESERVA.

Capitan, D. Francisco Salvador de Delás.
Teniente, D. Francisco Perramon.
Subteniente, D. Jerónimo Ameller, presbítero.

1.^a COMPAÑIA.

Capitan, D. Valentin Camas.
Teniente, D. Sebastian Boer y Artola.
Subteniente, D. Francisco del Villar.

2.^a COMPAÑIA.

Capitan, D. Antonio Befarrás.
Teniente, D. Rafael Roig.
Subteniente, D. Antonio Perez.

3.^a COMPAÑIA.

Capitan, D. Epifanio Eugenio de Ruiz.
Teniente, D. Antonio Nouvilas.
Subteniente, D. Narciso Bacó.—Se ausentó de la plaza durante el sitio sin licencia.

4.^a COMPAÑIA.

Capitan, D. Ramon de Manresa.
Teniente, D. Francisco Berga.
Subteniente, D. Domingo Rigan.

5.^a COMPAÑÍA.

Capitan, D. Francisco Parés.—El dia 12 de Mayo de 1815, en que se entregó la lista de esta compañía, se hallaba preso.

Teniente, D. Ignacio de Feliu.

Subteniente, D. Juan Còstas.

6.^a COMPAÑÍA.

Capitan, D. Francisco Rovira.

Teniente, D. Francisco Franqueso.

Subteniente, D. Juan Sureda.

BRIGADA DE ALBAÑILES.

Paborde mayor, Cipriano Almar.

Paborde segundo, Joaquin Torrent menor.

Clavario, Pedro Vidal.

BRIGADA DE CARPINTEROS.

Paborde mayor, Pedro Divi.

Paborde segundo, Manuel Peipoch.

Clavario, Tomás Pagés (1).

(1) Como prueba de los servicios que prestaron esas compañías, damos á continuacion copia de una Real órden en que aparecen premiados los de algunos de sus individuos.

«MINISTERIO DE LA GUERRA.

»Consejo pleno de 12 de Febrero 1817.—Publicada.—Está rubricado.—Al Sr. Capitan General de Cataluña digo con esta fecha lo siguiente:

»Por resolucion de 1.^o de Julio último, que comuniqué á V. E., se dignó el Rey N. S. prevenir que oportunamente señalaría la recompensa ó mayor distincion á que pudieran resultar acreedores los individuos particulares que, en union de los eclesiásticos seculares y regulares, compusieron las compañías de la Cruzada Gerundense, en virtud de los servicios que contrajeron en la memorable defensa de la inmortal plaza de Gerona; y habiendo oido S. M. á su Consejo Supremo de la Guerra, con cuyo dictámen se ha conformado, ha tenido á bien conceder á D. Francisco Perramon, teniente que fué de las referidas compañías, el uso del distintivo de esta graduacion. A los cabos José Molino y Pedro Suyastres, y á los soldados Juan Salavert, Juan Barraceta, Miguel Feliu, Estéban Donaire, un escudo de distincion con el lema de «Al valor Gerundense». Al cabo Luis Roo, el mismo escudo, siempre que de sus heridas no haya quedado inútil para el trabajo, pues en este caso le concederá S. M. la pension de dos reales diarios, y para este efecto me avisará V. E. si se halla con dicha circunstancia. A José Carbonell, de Puente Mayor, y á Francisco Andreu, el referido escudo, y ademas el uso del Don personal y de la espada. Al capitan que fué D. Francisco Condom, canónigo de la Collegiata de Gerona, y á D. Francisco Grau, que sirvió de

subteniente, presbítero beneficiado de dicha iglesia. Al presbítero D. Romualdo Dolman, á D. Jerónimo Requesens, beneficiado; á D. Juan Rigas, cura párroco de Sarriá, y á D. Joaquin Torremilano, como tambien á Fray Ignacio Barnaga, de la Orden de Santo Domingo, concede S. M. igualmente el expresado escudo, sin embargo de haber sido ya agraciados como los demas de su estado, por concurrir en todos los mencionados individuos circunstancias extraordinarias de valor y patriotismo.

»De Real orden lo traslado á V. S. para conocimiento de dicho Tribunal, consecuente á su acordada de 16 de Agosto último. Dios guarde á V. S. muchos años. Palacio, 31 de Enero de 1817.—El Marqués de Campo Sagrado.—Rubricado.—Al Secretario del Consejo Supremo de la Guerra.»

Es copia literal del documento que se cita, que existe en el Archivo del Ministerio de la Guerra.

Organizacion de la compañía de Santa Bárbara.

«Don Mariano Alvarez de Castro, etc., etc. Habiendo entendido el Excmo. Sr. Marqués de Coupigni, general del ejército de Cataluña, el espíritu, valor y patriotismo de las señoras mujeres gerundenses, que en todas épocas han acreditado, y muy particularmente en los sitios que ha sufrido esta ciudad y en el riguroso que actualmente les ha puesto el enemigo; deseando hacer público su heroísmo y que con más acierto y bien general puedan dedicar y emplear su bizarro valor en todo aquello que pueda ser en beneficio comun á la Patria, y muy particularmente

de los nobles guerreros defensores de ella, y que á su tiempo tenga noticia circunstanciada S. M. del inaudito valor y entusiasmo de las señoras mujeres gerundenses, para recompensar con distinciones sus méritos y servicios, sean premiadas con un distintivo honorífico y de mérito, y de hacerlas dotar para que contraigan su alianza de matrimonio decente y sin deshonor el menor á las familias, y eternizar los dignos nombres de tales heroínas; ha venido S. E. con orden del 22 del actual en disponer y mandar que se forme una compañía de 200 mujeres, sin distincion de clases, jóvenes robustas y de espíritu varonil, para que sean empleadas en socorro y asistencia de los soldados y gente armada que en accion de guerra tuviesen la desgracia de ser heridos, llevarlos en sus respectivos puestos todo cuanto sea necesario de municiones de boca y guerra, á fin de que por este medio se disminuyan las fuerzas de los guerreros que se oponen al enemigo, previniendo que se nombre á tres de dichas señoras mujeres para comandantes de la expresada compañía, con el título de primera, segunda y tercera comandanta, para distribuir las órdenes á los puestos y puntos donde deban acudir, comisionando para la organizacion de la compañía á los Sres. D. Baudilio Farró y Roca y D. Juan Perez y Claras, he resuelto que se haga publicar esta disposicion de S. E. por medio de edictos, á fin de que inteligenciado el bello sexo del aprecio que merece á S. E., puedan presentarse ante dichos Sres. Comisionados, que se hallarán en la sala capitular del M. I. Ayuntamiento, á dar sus nombres y á alistarse en la mencionada nueva compañía; en inteligencia, que en llegando su

número á 100 se convocarán para elegir y nombrar ellas mismas las que consideren más á propósito para regir y gobernar la compañía. Y me prometo del acendrado patriotismo que, sin perder un instante, acudirán á porfía las señoras mujeres aptas para dichos servicios á alistarse, para que desde luego puedan entrar en el desempeño de tan glorioso servicio; asegurándolas que no omitiré el recomendar sus méritos á S. E. para que los lleve á S. M., para dispensarles las mercedes y gracias á que se hayan hecho acreedoras por tan inauditos servicios. Gerona, 28 Junio de 1809.—Mariano Álvarez.—De orden de S. S. —Dr. D. Andres Cavallero, secretario (1).

(1) En una carta del ya citado oficial de Ultonia, D. Pedro Bruquera, hoy nonagenario, retirado en Barcelona, decia no hace aún dos años: «Bien quisiera poderte dar una extensa noticia de las compañías de Santa Bárbara de Gerona; pero como ha pasado tanto tiempo, sólo te diré que estaban compuestas de mujeres de la clase media del pueblo, á excepcion de la capitana de una de ellas, que era la señora de D. Latino Fitz-Gerald, capitán de Ultonia; que se formaron las dos compañías á propuesta del general Álvarez, con el objeto de recoger los heridos y proporcionar municiones y agua á la tropa en dias de ataque, y esto lo ejecutaban á las mil maravillas; y en prueba de lo dicho, que cuando se voló la torre de San Juan sé yo que extrajeron de las ruinas vivo al comandante de dicha torre D. N. Armadá completamente chafado, y fué tanto el cuidado que tuvieron en su conduccion por ellas mismas, que seguramente á ellas solas fué debida su salvacion, como que posteriormente estuvo en esta (Barcelona) de abogado trabajando con bastante nombradía, despues de curadas de seis á siete heridas mortales, sin otras muchas que no lo eran.»

En otra carta dice que, ademas de la Fitz-Gerald, mandaban doña María Angela Bibern, doña Ramira Nouvilas y doña Cármen Custi.

Hemos leído tambien en algun manuscrito que tambien se distinguieron doña Ignacia Bibern, doña Francisca Artigas en aquellas compañías, y doña M.^a del Pilar de Cárles, por su caridad inagotable distribuyendo víveres á los necesitados.

NÚM. 5.

Copia del autógrafo del general frances Kirgener.

»Au camp devant Gironne le 2 Juillet 1809.—Monsieur le Gouverneur.—J'ai l'honneur de vous prevenir que je suis autorisé par S. E. le Comte St. Cyr, général en chef de l'armée française, à entendre les propositions que vous pourriez avoir à faire, dans les circonstances où vous vous trouvez. Je vous engage donc à venir, ou à envoyer un de vos officiers supérieurs qui aurait toute votre confiance, conférer avec moi aux avant postes, où le prisonnier qui vous porte cette lettre m'a laissé. Et pour qu'il ne puisse y avoir aucune fausse interprétation, vous pouvez reunir un membre de la Junte et un des principaux chefs du clergé.—J'ai l'honneur d'être avec la considération la plus distinguée.—Votre très humble et obeissant serviteur.—Le général commandant le Génie à l'armée.—Kirgener, baron de Planta.—P. S. J'attendrai votre réponse jusqu'à 10 heures.»

El número 10 del P. S. está escrito con lápiz.

La comunicacion que trascribe Belmás en los apéndices de su relacion está bastante variada, y en ella se suprimen, quizás por excesivamente galantes, las expresiones de atencion que preceden á la firma.

Como Señor

Nada tengo q' matar con V. C. conozco sobrada
m.^{te} sus intencioñ; y para lo sucesivo, sepa
V. C. q' no admitiré, ni tendré consideracion á
parlamentario ni tropeta alguno de su Est^o.

Esto digo á V. C. en contestacion á su pap.
de hoy Dios & Señora 2 de Julio de 1809.

Como J. General Co-
mandante de Ingenieros
del Est^o francés

NÚM. 6.

Estado que manifiesta los señores oficiales y tropa que en el asalto del 19 de Setiembre fueron muertos, heridos, contusos y quemados.

	Muertos.	Heridos.	Contusos.	Quemados.
<i>Estado Mayor de la Plaza.</i>				
El coronel D. Ramon de Iriarte.. . . .	»	1	»	»
<i>Real Cuerpo de Artillería.</i>				
Capitan graduado, D. Salustiano Geroná.. .	»	1	»	»
Capitan agregado, D. José Devia:	»	1	»	»
Teniente idem, D. Antonio Sausa.	1	»	»	»
Tropa..	2	5	»	»
<i>Regimiento de Ultonia.</i>				
Coronel graduado, D. Rodolfo Marshall, comandante de la brecha de Santa Lucía.. .	1	»	»	»
Sargento Mayor, el teniente coronel graduado D. Ricardo Macarti..	1	»	»	»
Teniente, D. Pedro Belmar..	»	1	»	»
Otro, D. Pedro Mellado..	»	1	»	»
Subteniente, D. Narciso Boer.	»	1	»	»
Capitan, D. José Fernandez.	»	»	1	»
Otro, el ayudante D. José Monteverde. . .	»	1	»	»
Teniente, D. Francisco Alvalde.	»	»	1	»
Otro, D. Francisco Orlondini.	»	»	1	»
Otro, D. Francisco Agreda.	»	»	1	»
Otro, D. Pedro Pons.	»	»	»	1
Tropa..	22	24	18	6
<i>Regimiento de Borbon.</i>				
Capitan, D. Leonardo de Pontons.	»	»	1	»
Teniente, D. José Bareges.	»	»	1	»
Idem, D. Mariano Turn..	»	»	1	»
Subteniente, D. Manuel Clerey..	»	1	»	»
Tropa..	8	13	1	»
<i>2.º de Barcelona.</i>				
Tropa..	2	4	»	»

	Muertos.	Heridos.	Contusos.	Quemados.
<i>1.º batallon de Gerona.</i>				
Tropa..	3	11	6	»
<i>1.º batallon de Vich.</i>				
Capitan, D. Antonio Codina.	»	»	1	»
Tropa..	5	9	3	»
<i>Regimiento de Baza.</i>				
Teniente, D. Blas Cordero.	»	1	»	»
Tropa..	3	6	»	»
<i>2.º batallon de Vich.</i>				
Capitan, D. Miguel Salas.	»	1	»	»
Teniente, D. Antonio Viñas.	1	»	»	»
Tropa..	16	33	2	»
<i>Batallon de Cervera.</i>				
Teniente, D. Roman Españés.	»	1	»	»
Tropa..	2	1	»	»
<i>Granaderos de Iberia.</i>				
Tropa..	»	1	3	»
<i>1.º batallon de Talarn.</i>				
Tropa..	»	2	»	»
<i>2.º batallon de idem.</i>				
Tropa..	3	11	»	»
<i>Cruzada Gerundense.</i>				
Tropa..	»	1	»	»
Paisanos.	1	2	1	»
Religiosos.	»	1	»	»
<i>Compañías de Santa Bárbara.</i>				
Mujeres.	»	1	3	»
SUMA TOTAL.	71	136	45	7

NOTA.—Muchos de los heridos murieron poco despues del asalto.

(Historia militar de Gerona, por D. Guillermo Minali.)

NÚM. 7.

«E. S.—Los vecinos de esta ciudad, no obstante de hallarse en el último apuro por carecer de víveres y de numerario, se han conformado en dar dos pesetas diarias á cada Oficial de la guarnicion, como se trató ayer en junta, con las que y las doce onzas de caballo y el medio pan puedan subsistir; ó diez reales á los que no gusten ó no les pruebe el caballo ó macho que se ha acordado; y dándose al soldado, como se acordó ayer, cuatro onzas diarias de la misma carne, respecto que no hay manteca, tocino ni aceite con que condimentar el trigo que un dia sí, otro no, se les daba de rancho, limitándose al término de seis dias, parece podrá contentarse en algun modo la guarnicion, á la que se dará diariamente el quarteron de pan, aunque sea privándose de él estos naturales, y se remediará la hambre que generalmente affige á todos. Así fuese posible remediarla á los Paisanos, de los que es mayor el número de los que mueren cada dia de necesidad y miseria, porque no bastando para todos la carne caballar y repugnándola los más, y siendo ya muy inferiores ó malos los pocos trigos que hay existentes, es motivo de morirse tantos de hambre, y el aumentar tanto el número de enfermos, que mueren los unos por falta de medicinas, y no convalecen los otros por falta de alimentos nutritivos.—En tan infeliz estado, que no puede darse de igual, ha pedido el vecindario que ya que hace el último sacrificio

de mantener la oficialidad en el modo expresado por término de seis días, sobre otros diez que habia socorrido ántes, se digne V. E. embiar un Oficial, el que sea de su satisfaccion, al E. S. General en jefe á manifestarle el último apuro en que se halla, á fin que tenga á bien venir á socorrer esta plaza en el expresado término, pues que pasado él, por falta de víveres y haveres, ó sería preciso morir de ambre la guarnicion y Paysanage ó haber de abandonar la plaza á los enemigos: espera que V. E. se prestará á lo referido, de que cree ser muy acreedor este vecindario, cuya constancia no tendrá ejemplar en las historias.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Gerona, 4 de Noviembre de 1809.—Julian de Bolivar.—Cárlos de Ameller.—Ignacio de Ros.—E. S. D. Mariano Álvarez.»

Esta comunicacion puede servir de respuesta á las distintas manifestaciones que se hacen en la obra de Schépler sobre la pretendida avaricia de los catalanes, que, dice, les movió, áun en circunstancias tan extraordinarias, á negar auxilios pecuniarios á las tropas del ejército.

«Precios de los comestibles en la plaza de Gerona durante el sitio de 1809, desde el más módico hasta el más subido, segun crecia la escasez y la imposibilidad de introducirlos:

	Precios módicos.	Precios subidos.
Tocino fresco, la onza.	2 cuartos.	10 cuartos.
Vaca, la libra de 36 onzas.	27 cuartos.	Idem.
Carne de caballo, la libra de id.	40 cuartos.	Idem.
Idem de mulo.	40 cuartos.	Idem.
Una gallina.	14 rs. vn. efect.	16 duros.
Un gorrion.	2 cuartos.	4 rs. vn. efect.
Una perdiz.	12 rs. vn. efect.	80 rs. vn. efect.
Un pichon.	6 rs. vn. efect.	40 rs. vn. efect.
Un raton.	1 rl. vn. efect.	5 rs. vn. efect.
Un gato.	8 rs. vn.	30 rs. vn.
Un lechon.	40 rs. vn.	200 rs. vn.
Bacalao, la libra.	18 cuartos.	32 rs. vn.
Pescado del rio Ter, la libra.	4 rs. vn.	36 rs. vn.
Aceite, la medida.	20 cuartos.	24 rs. vn.
Huevos, la docena.	24 cuartos.	96 rs. vn.
Arroz, la libra.	12 cuartos.	32 rs. vn.
Café, la libra.	8 rs. vn.	24 rs. vn.
Chocolate, la libra.	16 rs. vn.	64 rs. vn.
Queso, la libra.	4 rs. vn.	40 rs. vn.
Pan, la libra.	6 cuartos.	8 rs. vn.
Una galleta.	4 cuartos.	8 rs. vn.
Trigo candeal, la cuartera.	80 rs. vn.	112 rs. vn.
Idem mezclado, la cuartera.	64 rs. vn.	96 rs. vn.
Cebada, la cuartera.	30 rs. vn.	56 rs. vn.
Habas, la cuartera.	48 rs. vn.	80 rs. vn.
Azúcar, la libra.	4 rs. vn.	24 rs. vn.
Velas de sebo, la libra.	4 rs. vn.	10 rs. vn.
Idem de cera, la libra.	12 rs. vn.	32 rs. vn.
Leña, el quintal.	5 rs. vn.	48 rs. vn.
Carbon, la arroba.	3 1/2 rs. vn.	40 rs. vn.
Tabaco, la libra.	24 rs. vn.	100 rs. vn.
Por moler una cuartera de trigo.	3 rs. vn.	80 rs. vn.

Gerona, 10 de Diciembre de 1809.—Epifanio Ignacio de Ruiz.»

Real Orden de 23 de Octubre de 1809.

Excmo. Sr.—Con fecha de 23 del próximo pasado me dice el señor Ministro de la Guerra lo que sigue:

«Han sido muy agradables á la Suprema Junta de Gobierno del Reyno los detalles del asalto dado por los Enemigos á la Plaza de Gerona en el día 19 del pasado, segun lo manifiestan los diarios de aquella Plaza, y de la bizarria conque fueron rechazados. S. M. ha mandado publicarlos; y derramará á manos llenas sus gracias sobre sus inmortales defensores. Lo comunico á V. E. de Real Órden para su gobierno y en contextacion á su oficio de 11 del corriente.»

Lo que comunico á V. E. para su inteligencia y satisfaccion.

Dios guarde á V. E. muchos años. Quartel general de San Julian de Vilatorta, 7 de Noviembre de 1809.—Joaquin Blake.—Excmo. Sr. D. Mariano Álvarez.

Real Decreto de 30 de Octubre de 1809.

«La Suprema Junta de Gobierno del Reyno se ha enterado de la relacion que me ha remitido V. E. con oficio

de 24 de Setiembre último del asalto dado por los Enemigos á esa Plaza en 19 del propio mes: y aunque S. M. la habia leído con mucho gusto en los Diarios de Tarragona por la satisfaccion de ver á quanto llega el valor Español, quando está dirigido por tan digno Gefe, se ha aumentado su placer con la relacion original de V. E.: y desde luego confirma S. M. las gracias que haya propuesto para tan dignos defensores. De Real órden lo comunico á V. E. para su gobierno. Dios guarde á V. E. muchos años. Real Alcázar de Sevilla, 30 de Octubre de 1809.—Cornel.—Sr. Gobernador de la Plaza de Gerona.»

NÚM. 8.

Real Decreto de 3 de Enero de 1810.

«El Rey nuestro señor, y en su Real nombre la junta suprema gubernativa del reyno, considerando que la resistencia sin egemplo que ha hecho á los franceses la plaza de Gerona la constituye en el caso prevenido en el artículo doce del decreto expedido en fecha de 9 de Marzo próximo en honor de Zaragoza, DECLARA: Que Gerona, sus habitantes y guarnicion sean tenidos por beneméritos de la patria en grado eminente y heroico: que á su digno comandante D. Mariano Álvarez, si está vivo, se dé la recompensa á que se ha hecho acreedor por sus sobresalientes servicios; y si como es de temer por las noticias que hasta ahora se tienen es muerto, se tributen á su memoria y se den á su familia los honores y premios debidos á su ínclita constancia y á su heroico patriotismo: que se conceda un grado más á todos los oficiales que se han hallado en el sitio, y á los soldados se les condecorará con la decoracion de sargentos: que todos los defensores de Gerona, los vecinos y moradores, gocen de la nobleza personal: que á las viudas y huérfanos de los que hubiesen perecido en la defensa se les conceda por el estado una pension proporcionada á sus circunstancias: que el haberse hallado durante el sitio en la plaza sea un mérito para ser atendido en las pretensiones: que Gerona sea libre de todas contribuciones por diez años contados desde el dia en que

se haga la paz: que desde aquella época se empiecen á reedificar sus edificios públicos con toda magnificencia á costa del Estado: que en su plaza se fije un monumento para memoria perpétua del valor de sus habitantes y su gloriosa defensa: que en todas las capitales del reyno se ponga desde ahora una inscripcion que contenga las circunstancias más notables de este famoso sitio: que se acuñe una medalla en su honor como testimonio de gratitud nacional por tan eminentes servicios.

» Mas considerando S. M. que estas gracias, honores y distinciones, que ya de tanta justicia corresponden á Gerona, no son suficiente galardón de su mérito sobresaliente, ni corresponden á la gloria que con su valerosa constancia ha merecido de la nacion, ha decretado ademas: Que luego que se reunan los representantes del pueblo español en las primeras cortes, se presente á aquel augusto congreso una exposicion fiel del principio y progresos de este memorable sitio, y que las mismas cortes, designando con la solemnidad que les corresponde la digna y extraordinaria recompensa que deba darse á aquella insigne ciudad, sean las que pongan la corona sobre las sienes de Gerona. Tendréislo entendido, y dispondréis su cumplimiento. El Arzobispo de Laodicea, presidente.—Real Alcázar de Sevilla, 3 de Enero de 1810.—Á D. Pedro Rivera.»

Real Orden de 2 de Marzo de 1810.

Al Comandante general de ese Ejército digo hoy lo siguiente: «El Consejo Supremo de Regencia de España é Indias, en nombre del Rey N. S. D. Fernando 7.º, se ha dignado aprobar y confirmar todos los Empleos, Grados, premios, viudedades y demas gracias que concedió el Governador de Gerona D. Mariano Alvarez á los individuos de la Guarnicion de aquella Plaza durante su defensa y manifiestan las relaciones que V. S. remitió en carta de 29 de Enero ultimo; pero como habrán fallecido algunos y pasados otros á Francia prisioneros de Guerra, quiere S. M. que para poder expedir los Rs. Despachos y ordenes correspondientes á los presentes, pida V. S. á los Cuerpos y me dirija nuevas relaciones circunstanciadas de los que lo esten, y en lo sucesivo las de los que fueren compareciendo, reservando S. M. á las Viudas y huérfanos de los que hayan muerto el derecho á los beneficios del Monte Pio-militar, segun los ascensos que hubiesen obtenido.» Lo traslado á V. S. de Real orden para su gobierno y cumplimiento en la parte que le toca. Dios guarde á V. S. muchos años. Isla de Leon, 2 de Marzo de 1810.—Eguía.—Sr. Intendente de Ejército de Cataluña.»

Real Orden de 14 de Setiembre de 1810.

Con fecha de 14 de Setiembre de 1810 se publicó la Real orden siguiente: «El Rey nuestro señor D. Fernando VII, y en su Real nombre el consejo de regencia de España é Indias, deseando manifestar á la nacion entera el singular aprecio con que ha mirado la bizarría, distinguido valor y patriótica constancia de los ínclitos defensores de la inmortal Gerona, se ha servido S. M. conceder á todos los individuos que se hallaron en el memorable sitio de aquella plaza, y contribuyeron á su gloriosa defensa, el uso de una cruz del tamaño y figura de la de Malta, con brazos y aspas de color de fuego y cuatro castillos en los intervalos, un óvalo blanco en el centro con la efigie de S. Narciso, patron de Gerona, y una orla de oro enrededor con la inscripcion siguiente: *sitio de Gerona año de 1809*. Dicha cruz rematará ó agarrará á una corona de hojas de encina con bellotas de oro, pendiente de una cinta de aguas de color de fuego, y al reverso se pondrá tambien la inscripcion: *la patria, valor y constancia*.»

Decreto de 7 de Enero de 1812.

«Las Córtes generales y extraordinarias, constituidas en la imperiosa necesidad de eternizar por su parte la inmortal defensa de Gerona, gloriosa para siempre por el heroico valor y magnánima constancia con que su bizarro gobernador *D. Mariano Álvarez*, su esforzada guarnicion y fidelísimo vecindario la sostuvieron en el año 1809 contra las numerosas huestes del usurpador Napoleon por espacio de siete meses de asedio, de hambre y de toda clase de horrores, y debiendo dar al citado *Álvarez* y á tantos héroes animados por su ejemplo el justo tributo de la gratitud de la nacion, á quien las Córtes representan, decretan:

»Primero, el nombre del gobernador de Gerona *D. Mariano Álvarez* será inscripto con letras de oro en una lápida, que se colocará en la sala de sesiones de S. M.

»Segundo, cuando las circunstancias de la nacion lo permitan, se erigirá en la plaza principal de Gerona un monumento para memoria de su defensa extraordinariamente distinguida y heroica, grabándose en él el nombre de su bizarro Gobernador.

»Lo tendrá entendido el Consejo de Regencia y dispondrá lo necesario á su cumplimiento en la parte que le toca, mandándolo imprimir, publicar y circular.—Dado en Cádiz á 7 de Enero de 1812.—Manuel de Villafañe, presidente.—José María Calatrava, diputado secretario.—José Antonio Sombiola, diputado secretario.—Al Consejo de Regencia.»

NÚM. 9.

«Excmo. Sr.:—El enemigo, que no está ignorante de nuestra situacion por los desertores que de pocos dias á esta parte hemos tenido del regimiento de Borbon, y algunos de otros Cuerpos, y que aspira por todos medios á apurar nuestro sufrimiento al paso que nos hostiga con sus infernales fuegos, trata de presentarse con aspecto halagüeño, como para dulcificar y examinar si los ánimos están en disposicion de darse á partido.

»En la tarde del 27 del próximo pasado pudo la astucia de unos oficiales franceses obligar á la sencillez de otro de esta guarnicion, que estaba de comandante en la avanzada de las casas del Cármen, á comunicar con ellos largo rato; y aunque este hecho tan contra mis órdenes escandalizó y pudo tener la trascendencia que V. E. conoce, no pasó de una fingida urbanidad para preparar aquélla, lo que corrobora la carta de que es copia la adjunta dirigida por uno de aquéllos al dicho oficial, quien, despues de su coloquio, me dió el parte de que es copia el que incluyo; en cuya vista mandé su relevo, el de toda aquella guardia, y lo suspendí de empleo, debiendo mantenerse arrestado hasta que, más instruido en las Ordenanzas, pueda volver á ocupar su puesto.

»No habiendo tenido el efecto que deseaba el enemigo dicha tentativa, hizo otra con más aparato la mañana del 31, presentándose tres oficiales y un trompeta con seña-

les parlamentarias delante en el camino de Barcelona, y mientras se esperaba por el comandante de la guardia inmediata mi disposicion, que juzgó necesaria por urbanidad (aunque la órden de no admitir parlamento es la misma siempre), y al mismo tiempo que el Ayudante de la plaza citaba á dicho oficial comandante de la guardia mi órden para que inmediatamente se les hiciera señal de retirarse, y de no hacerlo así se les hiciera fuego, disparó el enemigo desde Monjuich á la tropa y demas gente que estaba de expectativa á la vista de los dichos urbanos parlamentarios; lo que visto por los de los puestos de esta plaza, hicieron fuego, y resultó desmontado el trompeta, y la huida de los de la comitiva.

»Este acto tan feo y abominable de los franceses, y tan falto de todo derecho, se quiso reparar por la tarde llegando hácia las avanzadas, segun parte verbal que se me dió, algunos oficiales, demostrando que les habia sido muy sensible una falta, que lo era precisamente de un soldado de caballería que retardó el dar el aviso á Monjuich para que no tiráran, pero en el entretanto, que les era sensible y que demostraban querer conversacion, nos hicieron aquella noche un fuego cruel, habiendo llegado á dispararnos, desde las dos de la madrugada hasta las seis y media de la misma, 69 bombas y 37 granadas, y despues de este arrepentimiento, al dia siguiente nos hicieron ostentacion de una gran porcion de sus tropas, que formaron en el llano de Salt y permanecieron algunas horas, demostrando los movimientos de otras colocadas en algunas alturas, principalmente en sus baterías den Roca, que iban á emprender una accion; pero luégo se dividieron y

emboscaron. Despues han vuelto á querer persuadir su sentimiento diciendo que quedaba castigado el soldado por su falta; insistiendo en que se admitiese un pliego que, segun se me informó, decia era muy interesante, tanto á su General como al español; pero en vano fué su persuasiva, porque el oficial cumplió con no admitirlo y en prevenirle que se retirase.

»Tantos son sus deseos de entablar contestacion, y tanta mi oposicion y resistencia; en lo que obro, nó ménos que en cumplimiento de las órdenes superiores que tengo recibidas, por mi propio impulso, por cuanto conozco la perfidia. Pero como no todos tienen unos mismos sentimientos y son muchos los ánimos intimidados y abatidos, y otros ven pasar dias y meses enteros y van caminando al sepulcro por la poca esperanza que conciben; aunque la suerte sea igual, no pueden consolarse con el mal de muchos, ni se persuaden que debe perecer una pequeña parte porque se salve el todo; y así da lugar á habilllas que, aunque en su principio despreciables, no lo son ahora, mucho ménos á la vista del pasquin que se ha encontrado fijado hoy en una esquina, del cual incluyo copia.

»Hago pesquisas por si puedo averiguar de dónde dimana, y tambien vigilaré más y más para cortar que se fomite un gérmen tan perjudicial; pero no puedo sofocar estos principios con el consuelo de apagar la vicisitud, ni con el alivio de socorrer á los enfermos, ni basta la persuasion á hacer concebir otras ideas, porque ven señales sí, pero, como indeterminadas, no llegan jamas el dia; y en cada uno de los que pasan se carga sobre la afliccion otra afliccion, y la mayor debilidad; no puedo ménos de

dar parte á V. E. para que no desperdicie los momentos, porque si bien yo permaneceré hasta los últimos, como tengo manifestado á S. M. y á V. E. mismo, podría servir esto, como sirve, á animar y hacer perseverar en la constancia; pero desfallecidos los ánimos y disminuidos por instantes en crecido número, no habrá caso, y de todos modos éste es apuradísimo.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Gerona, 2 de Noviembre de 1809.—Excmo. Sr.—Mariano Álvarez.—Excmo. Sr. D. Joaquin Blacke.»

Copia..... del pasquin.

Gerona, abre el ojo y verás
Que Blacke te engaña
Y Álvarez con su rigor y saña;
Tú de hambre te morirás.

«Excmo Sr.:—En mi oficio de ayer indico á V. S. los males que preveia y los apuros en que estábamos para que no desperdiciase V. E. los momentos, y en estas veinte y cuatro horas que han mediado se han manifestado aquéllos tan descaradamente, que no admite ya un instante de demora el remedio.—Un complot de diferentes jefes y oficiales de varios Cuerpos de esta guarnicion, se me ha avisado que despues de una sesion clandestina se ha abocado á la M. I. Junta de Gobierno de esta ciudad con un recurso en que hacen várias proposiciones y solicitudes atentativas del Gobierno, á cuyo cuidado corresponden por ser de su instituto. Por todas partes se conspira, y como la miseria, el hambre, desnudez y desconfianza sólo pueden remediarse con los socorros y fuerza de V. E., por el Rey Nuestro Señor pido á V. E. que inmediatamente

la emplee en libertar esta plaza y en castigar á los turbadores del órden sin el menor momento de pérdida de tiempo. En el supuesto que protesto todos los daños y perjuicios que se causen y sigan, tanto á esta invicta ciudad como á toda la nacion española, por la falta del pronto socorro y fuerza armada que necesito.—El dador es un subteniente del 2.º Tercio de Vich, que debe volver sin ningun retardo con la constestacion categórica de que V. E. executa ó que no puede ó no quiere.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Gerona, 3 de Noviembre de 1809.—Excmo. Sr.—Mariano Álvarez.—Excmo. señor D. Joaquin Blacke.»

NUM. 10.

Capitulacion de Gerona.

«Capitulacion de la ciudad de Gerona, y fuertes correspondientes, firmada el 10 de Diciembre de 1809 á las 7 de la noche.—Artículo I. La guarnicion saldrá con los honores de la guerra, y entrará en Francia como prisionera de guerra.—II. Todos los habitantes serán respetados.—III. La religion católica continuará en ser observada por los habitantes, y será protegida.—IV. Mañana á las 8 y media de ella, la puerta de Socorro y la del Areny serán entregadas á las tropas francesas, así como las de los Fuertes.—V. Mañana 11 de Diciembre, á las 8 y media de ella, la guarnicion saldrá de la plaza, y desfilará por la puerta del Areny. Los soldados pondrán sus armas sobre el glásis.—VI. Un oficial de artillería, otro de ingenieros y un comisario de guerra entrarán al momento en que se tomará posesion de las puertas de la ciudad, para recibir la entrega de los almacenes, mapas, planos, etc.—Fecho en Gerona á las 7 de la noche á 10 de Diciembre de 1809.—Julian de Bolibar.—Isidro de la Mata.—Blas de Furnás.—José de la Iglesia.—Guillermo Minali.—Guillermo Nasch.—El general en xefe del estado mayor general del 7.º cuerpo.—Rey.—Aprobado por nos el mariscal del imperio, comandante en xefe del 7.º cuerpo del ejército de España.—Augereau, duque de Castiglione.—Yo, bri-

gadier de los reales ejércitos, encargado de los poderes del gobernador interino de la plaza de Gerona, D. Julian de Bolibar, y de la Junta militar, certifico: que la capitulacion antecedente es conforme á la original, firmada con la fecha que expresa.—Blas de Furnás.—El general en xefe del estado mayor general del 7.º cuerpo del ejército de España:—Rey.—Lugar del sello.»

«*Notas adicionales á la capitulacion de la plaza de Gerona.*—Que la guarnicion francesa que esté en la plaza, esté acuartelada, y no alojada por las casas, é igualmente que los oficiales deben presentarse procurándose su posada, pagándoseles el tanto que se pagaba de utensilio á la guarnicion española.—Que todos los papeles de gobierno queden depositados en el archivo del ayuntamiento, sin poder ser extraviados, ni extraidos, ni quemados.—Que á los que habrán sido vocales ó empleados en las juntas en tiempo de esta guerra de opinion, no les sirva de nota ni perjuicio alguno en sus ascensos y carreras, quedando igualmente salvas y respetadas sus personas, propiedades y haberes.—Que á los forasteros que se hallan dentro de la plaza por expatriacion ú otra causa, tanto si han sido vocales ó empleados de las juntas, como no, se les permita restituirse á sus casas, con su equipage y haberes.—Que qualesquiera vecino que quiera salirse de la ciudad y trasladarse á otra, se le permita, llevándose su equipage y haberes, quedándole salvas las propiedades, caudales y efectos en aquella ciudad.—Yo, brigadier de los reales ejércitos, certifico: que las notas antecedentes, habiendo sido presentadas al excmo. Sr. general en xefe del ejército frances, se han aprobado en su contenido en quanto no se

opongan á las leyes generales del reyno, y á la policía establecida en los exércitos. Fornells, 10 de Diciembre de 1809.—*Blas de Furnás*.—Visto por nosotros, etc.»

«*Notas adicionales y particulares* aprobadas por el excelentísimo Sr. duque de Castiglione, mariscal del imperio, comandante en jefe del séptimo cuerpo del exército de España, convenidas entre el Sr. general de brigada, jefe del estado mayor, general del sobredicho cuerpo del exército, comandante de la legion de Honor, y el Sr. D. Blas de Furnás, brigadier de los exércitos españoles. Art. I. Un teniente ó subteniente, elegido entre los oficiales del exército español, estará autorizado con pasaportes para pasar al exército de observacion español, y llevar á su general comandante en jefe la capitulacion de la plaza y de los fuertes de Gerona, solicitando se sirva disponer el pronto cange de los oficiales y soldados de la guarnicion de Gerona y sus fuertes, contra igual número de oficiales y soldados franceses detenidos en las islas de Mallorca y otros destinos. S. E. el Sr. duque de Castiglione, comandante en jefe del exército, promete que dicho cange se verificará luego que el general en jefe del exército español le habrá dado á conocer el dia en que aquellos prisioneros habrán llegado á uno de los puertos de Francia para el referido cange. Art. II. En los tres dias que seguirán á la rendicion de la plaza de Gerona, el Illmo. Sr. obispo de dicha ciudad quedará autorizado para dar á los sacerdotes que están baxo sus órdenes los pasaportes que pidan para pasar á las villas, en las que tenian su domicilio anterior, para quedar y vivir en él, segun lo deben unos ministros de paz, baxo la proteccion de las leyes que rigen

en España.—El general en jefe del estado mayor, general del séptimo cuerpo del exército de España.—Rey.—Blas de Furnás.—Yo brigadier de los reales exércitos, encargado de los poderes del gobernador interino de la plaza de Gerona D. Julian de Bolibar, y de la junta militar, certifico : que los artículos antecedentes son traducidos fielmente del original en 10 de Diciembre de 1809.—Blas de Furnás.—Le general en chef de l'état major général du septième corps de l'armée de Espagne.—Rey.—Lugar del sello.»

«*Nota adicional* á la capitulacion de la plaza de Gerona.—Los empleados en el ramo político de guerra son declarados libres, como no combatientes, y pueden pedir un pasaporte con sus equipages para donde gusten. Estos son, el intendente, comisarios de guerra, empleados en hospitales y provisiones, y médicos y cirujanos del exército.—Yo brigadier de los reales exércitos certifico : que la nota antecedente, habiendo sido presentada al excelentísimo Sr. general en jefe del exército frances, queda aprobada. Fornells 10 de Diciembre de 1809.—Blas de Furnás.

»Don Blas de Furnás, brigadier de los reales exércitos, certifico : que la copia antecedente de la capitulacion hecha en Gerona, y notas adicionales, es en todo su contenido conforme á los originales firmados por mí; y para que conste, doy la presente en la plaza de Gerona á 12 de Diciembre de 1809.—Blas de Furnás.»

Suplemento á la *Gaceta* del Gobierno del sábado 10 de Enero de 1810.

Como explicacion de los motivos que la Junta de Gerona pudo tener para capitular, damos á nuestros lectores traslado del oficio que el Intendente de la plaza, D. Carlos Beramendi, defensor de la torre de Gironella el día de los asaltos, pasó desde Mataró á D. Francisco de Saavedra.

Dice así:

«Excmo. señor: Se cumplió por fin el término que el fatal destino tenía preparado á la ínclita y muy leal ciudad de Gerona; y al verme precisado á dar parte á V. E. de este suceso doloroso en cumplimiento de mi deber, la amargura se apodera de mi corazon, y quisiera haber dexado á otro el cargo de decirlo, pereciendo ántes entre las respetables ruinas de aquella tan desgraciada como heroica ciudad, que supo contener mas de siete meses la arrogancia de los enemigos, haciéndoles perder 16.002 hombres delante de sus muros.—Pero, señor, reducidos ya sus valientes defensores á alimentarse con un puñado de trigo condimentado con solo agua y un cuarteron de pan cada dos días; consumiéndolos animales mas inmundos como manjar exquisito; muertas las dos terceras partes de su guarnicion y habitantes, pues á los que perdonó la dura suerte de la guerra, exterminó la de la fiebre que contaminaba ya la atmósfera; perdido el castillo de Monjuich, principal defensa de la plaza, con sus tres obras avanzadas; apoderados los enemigos del fuerte del Calvario y de los dos reductos llamados la Ciudad y el Cabildo; alojados en los barrios contiguos á la plaza, llamados del Pedret, calles

del Cármen y de la Rutlla; dueños de las casas inmediatas á la torre de Gironella; minada ésta; cortada la comunicacion con los tres fuertes restantes, Condestable, Reyna Ana y Capuchinas; sin pólvora ni municiones huecas; sin leña para cocer el pan y hacer los ranchos; sin sal y sin vino aún para los enfermos; careciendo de toda clase de grasas y menestras; sin medicinas en las boticas, y aún sin luz para los cuarteles, rondas y hospitales; barrios enteros desiertos y reducidos á un cúmulo de escombros; las casas arruinadas; los 1.100 hombres (fuerza total efectiva para el servicio, segun los estados) convalecientes, y batallando contra la atroz ley de la hambre, del contagio y de la continúa y dilatada fatiga; y con siete brechas abiertas en sus débiles muros á impulso de la más formidable artillería, que á ménos de tiro de pistola batía y casi aprisionaba la ciudad (una de ellas abierta el día anterior de reves para separar los escombros, y enfilada por la espalda por otra batería colocada en el llano á la orilla del rio Ter, que la veia por su paralela, impidiéndonos enteramente el poder defenderla ni con un soldado, quando los de los enemigos, asomándose continuamente sobre sus ruinas, nos mataban desde ellas los centinelas); en fin, con otra que la desgracia habia formado con el derrumbo natural de 6 casas unidas, que cayendó hácia el lado que baña el rio Oñar, sepultaron baxo sus ruinas 19 víctimas infelices. ¡Qué partido le quedaba á la inmortal Gerona! ¡Qué le restaba que hacer para completar su heroico sacrificio!

»Sabiamos que el grito de libertad resonaba nuevamente en todos los términos de la Cataluña, y que los votos de sus representantes en el congreso provincial celebrado en

Manresa el día 20 de Noviembre, fueron unánimes por nuestra libertad, anunciándosenos obrarian con la celeridad del rayo; pero el de la guerra se lanzaba ya decididamente sobre nosotros, y en tan fatal cuita nadie nos escudaba.

» Mil y mil sugerencias lisonjeras habia tentado ántes el enemigo para reducirnos al vilipendio infame de la esclavitud, y mil y mil veces respondieron nuestros cañones á su nefario artificio. La muerte, Excmo. Sr., la muerte sola era el único alivio que nos estaba ya preparado, y que deseábamos con ansia como honroso fin á tantos males; pero un pueblo dócil y bueno, una porcion interesante de ciudadanos dignos de mejor suerte, la espantosa imágen de la violacion, del robo y exterminio, y los clamores de tantos inocentes (vendidos á la confianza) debian resonar demasiado en el corazon de los que reunian el poder y la autoridad; y llegado ya el momento triste de multiplicarse, y sucederse los partes de todos los puntos, que anunciaban por todos ellos los movimientos y próximo asalto del enemigo, se completó el duro sacrificio de negociar con él una capitulacion, la más honrosa que habrá sido posible en circunstancias tan fatales, y de que es copia la adjunta que á V. E. acompaño.

» No era de mi resorte el pormenor de este tratado; pero sí creí de mi deber reclamar con la mayor energía la libertad de todos los dependientes del ramo de real hacienda, que habia tenido el honor de dirigir durante el sitio, consiguiendo por medio de la nota adicional, que despues exigí que se pusiese (como V. E. puede ver), librar de la esclavitud mas de 200 víctimas, restituyéndolas á la patria y á sus hogares.

» A las 8 de la mañana del día 11 del corriente entraron por fin en la ciudad los enemigos, é inmediatamente un comisario de guerra se presentó para recibir por inventario todos los efectos de los reales almacenes y hospitales; operacion que fué executada en el mejor órden, y de que recogí los competentes documentos para dar á V. E. parte á su debido tiempo.

» Al inmediato dia, el comisario ordenador en xefe del ejército frances intervino todos los fondos públicos, siendo la casa de la pagaduría del ministerio de real hacienda á mi cargo uno de ellos; y como yo tenía formado mi plan general, ó balance de entradas y salidas desde mi llegada á Gerona hasta el día último de Noviembre, pudo de una ojeada enterarse del estado de la caja, recogíendome la existencia, que era de 562 rs. y 10 maravedises de vellon efectivos, y 25 vales reales, de cuyos números, valor y creaciones acompaño á V. E. nota para los fines que V. E. estime por convenientes.»

» Concluida esta operacion (de que recogí tambien el competente documento), creí de mi deber no abandonar la plaza hasta dexar asegurada la suerte de los valientes guerreros españoles, que heridos ó enfermos existian todavía en los hospitales de ella, y á este efecto juzgué oportuno tomar las providencias convenientes, para que reunidos en el convento de la misma extramuros llamado San Daniel, fuesen asistidos en la parte económica facultativa por españoles, haciéndolos responsables á la nacion si abandonaban este encargo ántes de la salida ó alta de todos los militares enfermos; habilitando para exercer las funciones de comisario de guerra en esta parte (por no haber ya ninguno en la

plaza) á D. Cipriano de Villafuerte, contralor del hospital real militar, sugeto de conocida actividad é inteligencia, á quien encargué se presentase en el cuartel general con todos los demas individuos concluida que fuese su comision. Y empaquetados todos los papeles relativos á mis responsabilidades de oficio, recibos de todos los cuerpos y de particulares, asientos y libros, salí de aquella heroica ciudad lleno de amargura, aunque satisfecho seguramente de haber tratado de cumplir en ella por mi parte mi deber segun acreditan las adjuntas copias A. B. (1); y habiendo llegado á esta ciudad (desde donde parto mañana para el cuartel general del ejército), he creido muy propio de mi obligacion dar inmediatamente este parte á V. E. en derecha, porque siendo yo el único intendente de provincia que actualmente hay en este principado, y hallándose ausente de él el del ejército, D. José de Jaudenes, es V. E. á quien creo debo dirigirme mientras recibo sus superiores órdenes.

«Vivo confiado en que V. E. se dignará aprobar la conducta que he observado en estas circunstancias tan críticas como espinosas, y por un efecto de su bondad, si lo halla por conveniente, elevará á los pies de S. M. este humilde y sincero relato, que si merece su superior aprobacion, quedarán mis afanes suficientemente recompensados.

»Dios guarde á V. E. muchos años.—Mataró 20 de Diciembre de 1809.—Excmo. Sr.—*Cárlos de Beramendi*.—Excmo. Sr. D. Francisco Saavedra.»

(Gaceta del 18 de Enero de 1810.)

(1) Son dos certificaciones que acreditan el espíritu, patriotismo y prevision de Beramendi durante el sitio, en términos sumamente honrosos y expresivos.

NÚM. 11.

Documentos oficiales, noticias diversas, datos aducidos en distintas relaciones, y comentarios á que dió lugar la muerte de D. Mariano Álvarez.

El infrascrito presbítero, Cura párroco de la Iglesia parroquial de S. Pedro de la ciudad de Figueras, diócesis y provincia de Gerona

Certifico: que en la página diez y nueve del Libro octavo de Obitos de esta parroquia se halla la siguiente partida, que copiada literalmente dice: «Als vint y dos días del mes de Janer del any mil vuit cents y deu, se doná sepultura eclesiástica en lo cementiri de la Iglesia Parroquial de la vila de Figueras al cadaver de D. Mariano Alvarez, Tinent General de Exercit y presoner de Guerra en lo Castell de Sant Fernando de dita Vila, ahont morí, no habent rebut durant la sua malaltia los Sagraments de Nostra Mare la Iglesia; de que dono fe yo.—Dr. Sebastiá Bataller, Pbrè.»

Es conforme á su original. Figueras veinte y dos de Febrero de mil ochocientos ochenta.—Juan Juster, presbítero C. p.

Vertida literalmente al castellano la anterior partida, dice así: «A los veinte y dos días del mes de Enero del año 1810 se dió sepultura eclesiástica en el cementerio de la iglesia parroquial de la villa de Figueras al cadáver

de D. Mariano Álvarez, teniente general del Ejército y prisionero de guerra en el castillo de San Fernando de dicha villa, donde murió, no habiendo recibido durante su enfermedad los sacramentos de Nuestra Madre la Iglesia, de que doy fe yo. — Dr. Sebastian Bataller, Pbro.»

Refiriéndose á la estancia de Álvarez en Perpignan, dice el P. Cúndaro en su interesante relacion :

«El otro día, que fué el de Navidad, los hicieron salir en dos filas á la muralla, precedidos del General Álvarez, quien iba á la cabeza de aquella religiosa comitiva, apoyado á causa de su mucha debilidad de fuerzas y sostenido sobre su Secretario y criado y rodeado de gendarmes con espada en mano. El aparato imponia verdaderamente. La tropa tendida á un lado, el inmenso gentío que concurrió á la solemnidad del acto, el ceño que se veia pintado en sus ojos eran para los indefensos prisioneros funestos presagios de que iban á ser fusilados. Poco despues se vió que todo aquel imponente aparato vino á parar en una revista militar, la cual concluida fueron inmediatamente conducidos á su anterior encierro.»

(CÚNDARO, *Historia*, etc.)

El Sr. D. Celestino Pujol y Camps, vecino de Gerona, correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando, y miembro de varias sociedades é institutos del extranjero, autor del *Estudio de las monedas*

de Empurias y Rhode, y de varios otros trabajos históricos, ha tenido la bondad de remitirnos, entre apuntes curiosísimos, sacados de los manuscritos que existen en aquella ciudad, los siguientes, que se refieren al asunto de este Apéndice. No queremos variar su redaccion, porque demuestra el fuego que áun se mantiene encendido en el pecho de los gerundenses, al recordar las proezas de su ciudad y las desgracias que sufrieron sus heroicos defensores en 1809.

Dicen así :

APUNTES ACERCA DE LA MUERTE DE D. MARIANO
ÁLVAREZ DE CASTRO.

Leemos en un sermon de Cúndaro :

«¡Encerrado despues en un oscuro calabozo, con dobles puertas y centinelas, como reo de algun grande delito, entregado á la indiscrecion de un carcelero brutal y descomedido, tratado en fin con la mayor indecencia y crueldad, en medio de una suma debilidad y postracion de fuerzas! — Alma baxa, bárbaro, cruel, tirano, ¿qué es *ese* decreto de muerte afrentosa que has mandado ejecutar contra el inmortal Álvarez, sino una evidente prueba de tu ruindad y bajeza? ¿Álvarez condenado á morir ahorcado en Gerona? ¿En la misma plaza que fué la palestra de sus triunfos, el teatro de sus glorias y la admiracion de sus virtudes? (*Alude á Napoleon.*) — (Continúa el orador despues de otras varias consideraciones:) Pero no, geroneses, no temais haber de ser testigos de tan funesto espectáculo, que os cubriria de horror y escándalo: vergonzoso y horrible atentado, que los mismos satélites del Tirano *no se*

atreverán á realizar, para no añadir un borron tan feo á la manchada reputacion de su Jefe. *Álvarez morirá envenenado en Figueras*. Lóbrega estancia, que fuiste al mismo tiempo potro para el tormento de nuestro héroe español y depositario de sus últimos alientos, ¿cómo no te estremeciste *al apurar Álvarez la funesta copa ó probar el fatal bocado que llevaba la muerte escondida en el veneno?* (19). ¡Ay! El General comienza á sentir en sus entrañas los violentos efectos del tósigo fatal, con el que se ha tragado la muerte: se quema, se abrasa, y en la violencia de los síntomas y convulsiones presiente ya su cercano fallecimiento. No hay quien socorra á aquel héroe inmortal en los apuros de un lance tan apretado, ni con los auxilios siquiera *que no niega la religion á los grandes reos que son conducidos al suplicio*. — Mientras que tú (Napoleon) eres el objeto de la execracion y anatema de todas las naciones del universo, el defensor de Gerona don Mariano Álvarez de Castro es sublimado á la cumbre más alta del honor. La lóbrega en que estuvo ignominiosamente humillado el héroe del valor y que fué el indecente y sombrío calabozo en donde se efectuó el horroroso atentado *de darle con el veneno la muerte*, está ya, por orden del Excmo. Sr. D. Francisco J. de Castaños, capitán general ahora de este Principado, convertida en un monumento eterno, que con caractéres grabados en negro mármol transmitirá á los venideros siglos y á la más remota posteridad los heroicos hechos del gobernador de Gerona D. Mariano Álvarez de Castro.»

(Así habla Cúndaro: examinemos las notas con que justifica sus asertos.) Nota 19. — «Los napolitanos, que

se hallaban de guarnicion en el castillo de Figueras juntamente con los franceses, fueron los que descubrieron, por haber reñido con ellos, que el general Álvarez había sido envenenado. Así lo oyó allí mismo el sujeto fidedigno y de carácter citado en la nota 16.» — (Dice así la nota 16:) «Por un sujeto fidedigno y de carácter eclesiástico de esta ciudad, que tuvo alojado en su casa al Jefe de uno de los del ejército frances, se sabe que, por decreto terminante de Napoleon, el general Álvarez debía de ser ahorcado en la plaza de Gerona, y que al efecto se había ya puesto la horca. Así se lo notificó dicho Jefe, con muchas muestras de pena y sentimiento.»

(Todos estos datos son copiados de Fr. Manuel Cúndaro. Oracion fúnebre impresa en la *Relacion que Gerona agradecida*, etc.)

El Sr. Pujol continúa despues exponiendo las opiniones más autorizadas respecto á la muerte de Álvarez:

«Don Francisco Satué, Ayudante de campo del General, al volver en 1814 á su patria, nos dice que sus primeras diligencias fueron el conocer «sobre la muerte violenta dada á D. Mariano»; publicando despues una curiosísima relacion, que estuvo muy en boga en aquellos tiempos. — Al trasladarse de Perpiñan á Figueras, «así en aquella ciudad como en los demas pueblos del tránsito, é igualmente en Figueras, no se dudaba que *S. E. habia sido sacrificado bárbaramente*.»

Toreno se inclina á creer que murió de garrote (tomo III, pág 119). En dicho tomo publica el oficio de Beramendi con la embajada del fraile Rosireta.

Oficio de Castaños al Ayuntamiento de Gerona. — «M. Iltres. señores: — Cuando el mando del ejército de la derecha, que S. M. tuvo á bien poner á mi cargo, me condujo á la plaza de San Fernando de Figueras, visité el inmundo calabozo ennoblecido y consagrado *con la gloriosa muerte del héroe* español D. Mariano Álvarez, gobernador que fué de esa plaza durante su defensa, de inmortal memoria, acaecida en 1809.»

El Ayuntamiento al contestar á dicha comunicacion puso este párrafo: «Don Mariano Álvarez, dignísimo gobernador de Gerona, que últimamente la iniquidad del monstruo, avergonzado de sus infames proceder y colérico de la resistencia que se le hizo, consumó la *mayor de las maldades, haciendo perecer á un héroe en un asqueroso calabozo.*»

De todos estos apuntes se desprende que la pública opinion declaraba que el General había sido muerto violentamente. No hay prueba concluyente, es verdad, pero los indicios son graves y quizá concluyentes. Búsquese algo más, no olvidando consignar, con el texto de la capitulacion de la plaza, que los franceses faltaron á lo pactado reteniéndose al General. Esto servirá para formar

criterio en este asunto, añadiendo: 1.º La separacion innecesaria que se hizo del General y su Ayudante. 2.º El menosprecio con que fué tratado durante su cautiverio en Francia. 3.º Y sobre todo, la circunstancia de que, en una plaza tan capaz y de tantísimas dependencias, como lo es la de San Fernando, se le encerró en el *calabozo* LÓBREGO y *único de una CUADRA*. A él, á un militar capitulado, de tan alta graduacion, y digno por sus hechos de ser respetado por todo enemigo valiente. 4.º Enterrar al General desnudo y envuelto sólo en una sábana.

Es tan desusado en un ejército regular el asesinato de un general prisionero, que para completar indicios, se han de buscar en dicho ejército actos análogos de crueldad que informen del temple de la época. Al efecto, deben estudiarse cuidadosamente por de pronto: 1.º, el terrible bando de Soult contra las partidas, y el contrabando de la Junta (Toreno, tomo III, pág. 266); 2.º, llevado don Juan Saenz de Contreras en unas angarillas delante de Suchet, reprochóle éste lo pertinaz de la resistencia, y díjole «*que merecia la muerte* por haber prolongado aquella más allá de lo que permiten las leyes de la guerra, y por no haber capitulado abierta la brecha.» (Toreno, página 164, tomo IV.) (Si en los generales franceses eran comunes semejantes teorías, medrado estaba el gran defensor de Gerona, que tan contrarias las profesaba, recibiendo á cañonazos á los parlamentarios que se le enviaban.)

(Dice la *Historia* de Cúndaro, al fólío 799: Nos hallamos en el día que los franceses han tomado posesion de Gerona capitulada:)— «El Mariscal Duquè de Castiglione hizo su entrada en la plaza á mediodía, acompañado de muchos Generales, Ayudantes de campo y un escuadron de Dragones, y fué á apearse en la casa del caballero D. Josef de Caramany. El general Álvarez, que se hallaba todavía enfermo en casa del caballero D. Josef de Pastors, envió inmediatamente sus dos ayudantes de campo, los tenientes coroneles D. Narciso Rich y D. Felipe Bujons, para que cumplimentasen en su nombre á S. E., quien le envió un recado de atencion, y ademas un barrilito de buen vino, un cuarto de carnero y dos aves muertas, acompañando aquella expresion con otra más fina, con que se ofrecia á proporcionarle cuanto necesitase. Mandó poner una guardia en la puerta de su alojamiento, y un subalterno dentro de su cuarto. Leo en uno de los diarios que fué aquella guardia de honor. Pero su Secretario, el capitan D. Francisco Satué, dice en su manifiesto, impreso en Barcelona, año 1816, que fué medida de precaucion y seguridad para custodiar y observar mejor á S. E.»

Dice el expresado trabajo de Cúndaro, al fólío 806:

«Seguiríase tratar ahora de la fatal y trágica muerte que le cupo al inmortal D. Mariano Álvarez de Castro, alma de tan lustrosa y heroica defensa, general y gobernador de la plaza. Pero habiendo D. Francisco Satué, te-

niente coronel graduado de infantería, agregado al Estado Mayor de la plaza de Barcelona, entónces secretario de S. E. y testigo ocular y particionero al mismo tiempo de la mayor parte de sus trabajos, dado á luz un manifiesto en el que se refiere con sencillez y claridad todo lo ocurrido á S. E. desde que entraron los franceses en Gerona y salió el General, no prisionero, sino preso para Francia, hasta que la terminante disposicion del Gobierno frances le separó de su amado Jefe, remito allí al lector. Verá en el citado impreso el tratamiento impolítico, duro y cruel que dió un Gobierno que se preciaba de humano y civilizado al heroico defensor de Gerona, Teniente general de los Reales Ejércitos de España; á un héroe de la Milicia española, ilustre por su solar, sobresaliente por sus servicios, recomendable por su valor, y digno de eterna memoria por su fidelidad á la Religion, al Rey y á la Patria. Lea tambien la oracion fúnebre que pronunció el historiador de esta obra en las exequias fúnebres que la generosidad y gratitud de uno y otro capítulo eclesiástico y secular de la ciudad de Gerona dedicaron en 30 de Octubre de 1816 en la Iglesia Catedral, de acuerdo con el Excmo. Sr. D. Juan José García de Velasco, Teniente general de los Reales Ejércitos, Gobernador militar y político de la misma, á los venerables restos de aquel inmortal héroe. Lea las notas 16 y 19, y verá en ellas que el invicto defensor de Gerona habia de morir ahorcado en una de sus plazas públicas por un terminante y desatinado fallo del inicuo Emperador, pero que no se procedió á la ejecucion del decreto sanguinario que pudo únicamente emanar de un corazon tan vil y

desalmado como el del déspota Bonaparte, porque los mismos que recibieron la orden de llevarlo á efecto no se atrevieron á proceder á la ejecucion de tamaño atentado, que hubiera llenado de horror y escándalo, no sólo á Gerona y al Principado, sino á toda la España y aún á la Europa entera, y expuesto á sus Generales que hubieran tenido la desgracia de caer prisioneros de los españoles á sufrir la misma pena. Léase la citada nota y se verá el fundamento en que se apoyó el orador para dar al público aquella funesta noticia.

Posteriormente me ha informado un sujeto muy acreditado y fidedigno, quien lo oyó inmediatamente de otro Jefe francés, que el fallo de Napoleon, luégo que se le dió parte que la plaza de Gerona estaba ya sometida á su Imperio, no fué otro que éste, sin más ni ménos: *Qu'on demolisse les fortifications et qu'on fusile le Gouverneur dans la Place meme.* (Lo copio tal como está, conservando su ortografía.) «Que se demuelan las fortificaciones y que se fusile ó arcabucee al Gobernador en la misma plaza.» Que los jefes franceses de ésta tuvieron consejo de guerra, por ver si hallarian en el General algun defecto substancial con que poder colorear siquiera la injusticia de la sentencia; pero que no habiendo hallado, sino al contrario, un acendrado heroismo, discurrieron el medio ménos indecoroso, aunque no ménos injusto, de quitarle lentamente la vida con veneno mezclado disimuladamente con la comida ó bebida, y avisar á su Emperador que no habia podido verificarse la muerte violenta decretada por S. M., porque el general Álvarez habia muerto ántes en Figueras de enfermedad natural. (Continúa relatando lo

que hizo Castaños : mandar limpiar la cuadra ; poner verja , lápida , etc. ; y despues pone Cúndaro un párrafo , cuyo final sibilítico es en extremo grave.)

Sobre los honores que se tributaron á los restos de Don Mariano Álvarez al exhumarse en 1814, existe la Real orden de 20 de Octubre de aquel año, que dice lo siguiente:

«El Sr. Secretario de Estado y del despacho de Hacienda me comunica con fecha de 18 de Noviembre último la Real orden de 20 de Octubre anterior, que se pasó al señor Secretario de Estado y del despacho de Guerra, y es como sigue: — Al Capitan General de Cataluña digo con esta fecha lo que sigue: He dado cuenta al Rey, nuestro Señor, de la representacion que han dirigido á S. M. Doña Francisca de Paula y Doña Rafaela Álvarez de Castro, hermanas del Teniente General D. Mariano Álvarez, Gobernador que fué de la plaza de Gerona, y de los documentos que acompañan, promovidos por D. Francisco Satué, capitan agregado al Estado Mayor de la plaza de Barcelona, en que se justifica el desentierro y exhumacion hecha de los restos del cadáver del referido Álvarez de Castro, y su colocacion interina en la capilla de la plaza de San Fernando de Figueras; con la pompa eclesiástica, civil y militar correspondiente, todo con el permiso del antecesor de V. E. y demas autoridades; y solicitando á más dichas hermanas que los restos del indicado cadáver sean conducidos á Barcelona, para que allí se le hagan los honores debidos á su dignidad de Capitan General, y que

en seguida sean conducidos á la capilla de San Narciso, en que deseaba ser enterrado. S. M., siempre propicio á honrar la memoria de tan insigne militar, ha tenido á bien mandar que en la plaza de Barcelona, como capital del Principado, se efectúe á los restos de Álvarez de Castro la pompa fúnebre conforme previene la Ordenanza y con la mayor solemnidad posible, y que despues de colocados dichos restos en el lugar que deseaba, se esculpa en la lápida una inscripcion sencilla y elocuente, que manifieste la gratitud de S. M. y de la patria á las singulares virtudes del Héroe.—Lo traslado á V. E. para su inteligencia, y á fin de que por el Ministerio de Hacienda de su interino cargo se disponga lo conveniente para el abono de los gastos que se hagan en execucion de la voluntad de S. M., manifestada en su prudente soberana resolucion. — Y lo traslado á V. S. para su inteligencia y efectos correspondientes. — Dios guarde á V. S. muchos años. — Madrid, 15 de Diciembre de 1814. — Víctor Soret. — Sr. Intendente del Ejército y Principado de Cataluña.»

El cadáver del general Álvarez fué por fin puesto en el sitio y con las ceremonias que señala el certificado que á continuacion se copia, sacado, como la Real orden anterior y vários otros documentos aprovechados en este discurso, de los originales que, habiendo pertenecido al Sr. Satué, posee ahora nuestro ilustrado amigo D. Joaquin Juste:

«Joseph Bou y Martorell, por autoridad Real Notario

público colegiado de número de la ciudad de Gerona, substituido del heredero de D. Juan Sarriera y de Gurb, en el tiempo que vivió tambien Notario público de dicha ciudad, Baylía, Veguería, y sus pertenencias; certifico: que por ante mí pasó el auto del tenor siguiente:

» Sépase: Cómo en la ciudad de Gerona, á los treinta dias del mes de Octubre de mil ochocientos diez y seis, y á la una despues del mediodia, en que congregados en la insigne seglar colegiata y parroquial iglesia de San Félix el Ilustre Cabildo de la expresada colegiata iglesia, con el muy Ilustre Ayuntamiento, Sres. Jefes Militares y Oficiales, Caballeros y demas que han concurrido al acompañamiento de los restos del Excmo. Sr. D. Mariano Álvarez de Castro, Teniente General de los reales ejércitos, Gobernador que fué de esta inmortal plaza: El Excelentísimo Sr. D. Juan José García de Velasco y Gomez de la Vega, Gran cruz de la Real orden militar de San Hermenegildo, Teniente General de los reales ejércitos, Gobernador militar y político de ella, y dentro de la capilla del gloriosísimo patron de la misma y generalísimo San Narciso, por ante mí el Notario, baxo escrito, y testigos que á la final se expresan, dixo: que por quanto en virtud de la Real orden de S. M. de veinte Octubre mil ochocientos catorce, que se le ha comunicado por el Excelentísimo Sr. Capitan General de este Ejército y Principado, deben depositarse los preciosos restos de aquel Héroe en la dicha capilla de San Narciso, colocando la lápida con la inscripcion que dicho Excmo. Sr. Capitan General se ha servido disponer, en cumplimiento de la soberana resolucion, para cuya traslacion de los mismos preciosos

restos y de la dicha lápida desde la capital del Principado, en donde se les celebró la pompa fúnebre de Capitan General, se sirvió S. E. dicho Excmo. Sr. Capitan General comisionar al Capitan efectivo de infantería D. Francisco Satué, actualmente agregado al E. M. de la plaza de Barcelona, quien en virtud de tal comision, tenía las llaves de la urna que encerraba aquellos respetables y preciosos restos, y de la en que venia colocada la primera; cuyos respetables restos han sido en el dia trasladados con la correspondiente magnificencia y aparato desde la referida santa iglesia catedral, donde fueron depositados en el dia veinte y ocho de los corrientes, y en la que se le han celebrado los honores fúnebres con aquella pompa y solemnidad debida á tan grande Héroe, á dicha colegiata iglesia; mandó que se extraxese de esta segunda caja la que encerraba dichos preciosos restos, y se colocase dentro del sepulcro dispuesto al efecto en la expresada capilla de San Narciso, á la parte del Evangelio y al pié de la escalera de su presbiterio; igualmente que se colocase la lápida con la expresada inscripcion, lo que así se ha verificado en presencia de S. E. el Excmo. Sr. D. Juan José García de Velasco, el dicho capitan D. Francisco Satué, comisionado, y demas señores concurrentes á tan solemne acto, y de mí el mismo é infrascrito Notario y testigos, como igualmente dispuso S. E. el Sr. Gobernador que el Capitan comisionado le entregase las llaves de dichas urnas, que quedarian á su custodia ínterin el Excmo. Señor Capitan General, á quien daba parte de todo, se servia disponer lo que fuese de su superior agrado, y que librase al sobredicho Capitan D. Francisco Satué el correspon-

diente testimonio, y fe de entrega, y depósito de los referidos preciosos restos del Excmo. Sr. D. Mariano Álvarez de Castro, y de dicha lápida, en cumplimiento de su comision; de todo lo que el relatado Excmo. Sr. D. Juan José García de Velasco ha pedido y requerido, que por mí el mismo é infrascrito Notario levantase el presente auto, que fecho ha sido en esta misma ciudad de Gerona, á los arriba notados dia, mes, año y lugar, siendo testigos los Ilustres D. José Perez de Tobia, dignidad de Sacristan Mayor y Canónigo de dicha santa iglesia, Gobernador, Provisor y Vicario general de este obispado, su sede episcopal vacante; D. Luis María Martinez, Presbítero, Dignidad de dicha santa iglesia y Abad de la referida colegiata; D. Martin Matute, Presbítero, Canónigo de la expresada santa iglesia; D. Guillermo Minalí, Brigadier de los reales exércitos, Coronel del real cuerpo de ingenieros é ingeniero Comandante de esta dicha plaza y ciudad; el Brigadier de los Reales exércitos D. José Ramon de Carles, Coronel efectivo del regimiento de infantería de línea de Guadalajara; el Coronel de los reales exércitos D. Pedro de Pastors, Capitan del real cuerpo de infantería de Guardias Españolas; el Coronel efectivo de los reales exércitos D. Matías de Torres, y Teniente Coronel Mayor del expresado regimiento de Guadalajara, y D. Mariano de Sabater Vilanova Meca y de Oluja, Marqués de Capmany y Regidor perpétuo y decano de esta dicha ciudad, á esto llamados: E yo el mismo é infrascrito Notario, que de todó lo susodicho doy fe, José Bou y Martorell, Notario.— Y para que conste, doy el presente en este pliego del real sello tercero, que signo y

firmando el mismo día de su fecha. — Enterado de verdad, José Bou y Martorell.

» Nosotros, los Notarios públicos y reales colegiados de número de la ciudad de Gerona, Principado de Cataluña, baxo firmados, certificamos : Que el dicho José Bou y Martorell, quien ha recibido, signado, cerrado el antecedente auto, es tal como se titula, fiel y legal, y que á semejantes autos ante él pasados, siempre se les ha dado y da entera fe y crédito en juicio y fuera de él ; en testimonio de lo cual hicimos despachar las presentes suscritas, y signadas de nuestras manos y signos en dicha ciudad de Gerona, como arriba se contiene. — Enterado de verdad, Francisco Puig y Dorea, Notario. — Enterado de verdad, Ignacio Gaubert, Notario.»

*Inscripcion puesta en el calabozo del castillo de Figueras
donde murió el general Álvarez.*

«MURIÓ ENVENENADO EN ESTA ESTANCIA
EL DIA 22 DE ENERO DE 1810
VÍCTIMA DE LA INIQUIDAD DEL TIRANO DE LA FRANCIA
EL GOBERNADOR DE GERONA
DON MARIANO ALVAREZ DE CASTRO
CUYOS HEROICOS HECHOS
VIVIRÁN ETERNAMENTE
EN LA MEMORIA DE TODOS LOS BUENOS.
MANDÓ COLOCAR ESTA LÁPIDA
EL EXCMO. SR. D. FRANCISCO XAVIER DE CASTAÑOS
CAPITAN GENERAL DEL EJÉRCITO DE LA DERECHA
AÑO DE 1815.»

Esta lápida fué hecha pedazos por el mariscal Moncey en 1823, al verificarse la entrada de los cien mil hijos de San Luis en España, lo cual dió lugar á várias reclamaciones de nuestro Gobierno, que fueron contestadas por el frances diciendo que aquél habia sido un acto particular del General, indignado sin duda de que se atribuyese á asesinato la muerte de Álvarez.

Despues fué restablecida en los términos que explica el Sr. Pujol y Camps. «Dos de esos pedazos, dice, se han encontrado y se conservan en el Museo provincial de Gerona. Con el mismo texto, tamaño, mármol negro y letra dorada, se colocó despues otra lápida en sustitucion de la destrozada. El actual brigadier, gobernador del castillo de

San Fernando, añade, D. Felipe Dolza, promovió una suscripción entre los de la guarnición, y aisló la estancia, adornándola con banderas, laureles y versos. La Comisión de Monumentos ofició al brigadier alabando el hecho; *prueba manifiesta*, le decía, *de su patriotismo é ilustración.*»

Hé aquí ahora la inscripción estampada en el sepulcro donde se guardan los restos de Álvarez, en la capilla de San Narciso de la colegiata de San Félix de Gerona :

«SQUALIDUS HIC JACET ALVAREZ
NUNC LUMINE PRIVUS,
HIC QUI FORTIS CUM TULIT ARMA FUIT:
HIC VIR; HIC EST HEROS NULLUM MORITURUS IN ÆVUM,
CUI SCALERATA FIDES CERTA VENENA DEDIT:
ÆTERNUM VIVET NOBIS, FASTISQUE GERUNDÆ:
CUM JUSSU REGIS TOLLITUR ARA PIA:
HOC NUNQUAM POTERIT TEMPUS RETIGERE SEPULCRO,
FAMA MEMOR ÆVIS NON PERITURA CANET.
M.D.CCC.XVI.»

«Aquí descansan las cenizas de Álvarez, terror de los enemigos cuando empuñó la espada; éste fué el grande hombre, el héroe que debía ser inmortal, y que murió de un veneno que le preparó la perfidia del enemigo; su memoria pasará á los siglos venideros; Gerona la celebrará en sus fastos; y para perpetuarla, mandó el Rey erigir este sepulcro, que respetará el tiempo voraz; y la Fama

recordará á los siglos los hechos de tan benemérito general. Año de 1816.»

Inscripción y traducción se han copiado de la *Historia política y militar de la guerra de la Independencia de España*, de D. José Muñoz Maldonado.

La opinión más general sobre la muerte de D. Mariano Álvarez es la de deberse á un acto de fuerza ó á la administración de un veneno sumamente activo.

El Conde de Toreno, ya se ha dicho, cree que se le dió garrote. «Al día siguiente, dice, de su llegada (á Figueras) susurróse que había fallecido, y los franceses le pusieron de cuerpo presente, tendido en unas parihuelas, apareciendo la cara del difunto hinchada y de color cárdeno á manera de hombre á quien han ahogado ó dado garrote. Así se creyó generalmente en España, y en verdad la circunstancia de haberle dejado solo, los indicios que de muerte violenta se descubrieron en su semblante, y noticias confidenciales que recibió el Gobierno español, daban lugar á vehementes sospechas. Hecho tan atroz no merecía, sin embargo, fe alguna, á no haber amancillado su historia con otros parecidos el gabinete de Francia de aquel tiempo.»

Muñoz Maldonado dice que al intimársele á Álvarez la orden de volver á Figueras solo, «no dudó ya de la trágica muerte que le amenazaba; pero su constancia, añade, igualaba á su fortaleza y valor, y sin la menor muestra de

dolor regresó á Figueras, en donde, encerrado en un oscuro calabozo, se halló muerto el 22 de Enero. Es sensible no haber podido saberse la causa cierta de la muerte de este inmortal héroe; pero casi no queda duda de que fué envenenado de orden del feroz Bonaparte.»

Minali, en una nota al capítulo dedicado á los *Sucesos concernientes á la salida de la guarnicion de la plaza*, dice: «El bizarro defensor de la inmortal Gerona murió, no de muerte natural (como sus tiranos quisieron disfrazarlo, manifestándolo en el *Monitor*), sino que despues de haber apurado la copa de los insultos y mofas con que era á cada instante zaherido y provocado, acabó su existencia pérfidamente envenenado.»

Don Adolfo Blanch, en su *Historia de la guerra de la Independencia en el antiguo Principado*, no dice más que lo siguiente: «Álvarez, acompañado de su secretario y un criado, con gran número de religiosos de todas órdenes, en cuyas personas faltó el frances á lo capitulado, fué llevado en un mal coche á la ciudadela de Perpiñan, de donde pasando á la cárcel militar de Narbona, fué repentinamente trasladado solo al castillo de Figueras la noche del 19 de Enero. El 22 yacia ya cadáver en un oscuro calabozo de San Fernando; su rostro, hinchado y cárdeno, indicaba que habia muerto violentamente. *Murió envenenado*, dice la inscripcion que en aquel sitio se lee.»

Haro dice: «Hallándose enfermo cuando se rindió la plaza, no pudo salir de ella con la guarnicion. Algo restablecido, fué llevado á Francia en compañía de su ayudante el capitán D. Francisco Satué y algunos criados; pero en Narbona recibió orden para regresar á Gerona, siendo conducido de cárcel en cárcel como un malhechor. Privado hasta del consuelo de que le acompañáran su ayudante y sus domésticos, fué encerrado en el castillo de Figueras, en donde se le halló *muerto* al dia siguiente de su arribo. La opinion juiciosa de aquel tiempo, fundada sobre datos más que probables, fué la de que habia perecido violentamente.

»Sea de esto lo que fuere, el bárbaro tratamiento que recibió Álvarez nos demuestra, añade D. José Canga Argüelles, en sus *Observaciones sobre la guerra de España*, que Napoleon, á quien Napier llama *hombre admirable*, abrigaba en su pecho sentimientos de una baja y feroz criminalidad; porque solos éstos pudieron hacerle prescindir del aprecio, de la consideracion y hasta del respeto que como militar debia dispensar á un oficial, cuya lealtad y cuya gentil firmeza le recomendaban á todos los hombres acatadores de las virtudes.»

Don Luis Cutchet, en su *Historia del siti de Girona en 1809*, es de opinion de que no fué asesinado, y se expresa así: «Toreno duda, diciendo, sin embargo, que existian sospechas; nosotros dudamos tambien, pero preferimos explicar naturalmente la muerte de Álvarez por

efecto de su larga enfermedad, por el del gran trabajo y los cuidados del sitio, por su edad, pues tenía justos sesenta años; por el grandísimo sentimiento que debió causarle la pérdida de Gerona, y todavía además por su prision excesivamente dura.»

Don José de Castro y Orozco, segundo Marqués de Gerona, en una biografía á que da el título de *El Gobernador de Gerona*, dice, despues de estampar alguna frase parecida á la de Toreno: «Monumentos muy respetables aseguran que su muerte fué efecto del veneno, y esta última version corre como cosa cierta entre la mayor parte de nuestros historiadores.—El Gobierno español quiso averiguar la verdad en forma jurídica, y sólo pudo recoger algunos datos, más ó ménos discretos, y entre ellos el importante de que al entrar el ilustre General en el castillo de Figueras el dia anterior á su muerte no tenía grave daño en su salud. Una de las personas á quienes se pidió informe sobre el caso aseguró, además, que pocos momentos ántes de ser expuesto al público el cadáver del héroe, halló á un sacerdote afrancesado que se dirigia apresuradamente hácia el castillo de Figueras. Preguntóle el informante que á dónde iba tan de mañana, y contestóle: *Voy corriendo á confesar al Sr. Álvarez, porque en breve debe morir.*»

»Verdaderamente que estos datos autorizan para creer la existencia de un crimen, por más que haya en ellos cierta vaguedad, que la tradicion se ha encargado de condensar por medio de espantosos pormenores.

»La humanidad, y áun la crítica imparcial, se resisten á dar fe á la horrible relacion del hecho que áun circula de boca en boca en Cataluña. Héla aquí, no obstante, extractada de un documento inédito que conserva en su poder el autor de esta biografía, escrito por D. Salvio Banchs, capellan del General durante el sitio. No se le cita porque se le tenga como prueba decisiva, sino para presentar á los lectores bajo un solo golpe de vista todo lo que la historia y la tradicion refieren sobre el género de muerte del heroico defensor de Gerona.

»Al ver el Emperador (escribe aquel respetable eclesiástico) que la capitulacion se habia contratado con la Junta gubernativa, y no con el general Gobernador, y que por esta circunstancia tan notable en el arte de la guerra no habia rendido la espada, fué tanto su enojo y furor, que dijo que le volviesen á Gerona y desde luégo le ahorcasen en medio de la plaza. Temieron á los paisanos..... y se dió orden para que detuviesen al general Álvarez en Figueras, y le privasen totalmente de dormir..... Colocado que estuvo el caudillo en el calabozo, le pusieron guardia, destinándole un centinela con bayoneta armada á cada lado para que le impidiesen el sueño; y con tanta exactitud lo cumplieron, que al venirle el sueño, uno de ellos le acometió con un golpe de bayoneta: con tal herida el paciente se revivia, pero no tardando el sueño en vencerle, el otro centinela le acometia del mismo modo; y así iban alternando en martirizarle, por manera que su cuerpo empezó á padecer continuas convulsiones. Estando en tan deplorable estado entre el sueño, el martirio y la muerte, llegó la hora de mudar la guardia. Entónces

el sargento entrante, al ver aquel tan triste espectáculo, aquel martirio tan atroz, se horrorizó con sombra de compasion; y en tono de lastimosa exclamacion dijo que no tenía valor para presenciar un cuadro tan horrendo, y que más valia que muriese de una vez. El sargento se fué á buscar un vaso con agua, en que puso veneno, lo llevó al paciente, le dijo que bebiese, bebió; á poquísimo rato las convulsiones se le exaltaron más y más; y en tan amarguísimo estado, dentro de breves instantes rindió el alma al Divino Redentor. Estas causas y muerte violenta son las que, por ser públicas, las he oido decir no pocas veces á distintas personas del Ampurdan y de más allá, de buena fama, honor y verdad..... Y concluyentemente digo que lo que he dicho es una verdad; la cual advero si fuere necesario con palabra sacerdotal y mi firma y rúbrica en la ciudad de Lérida, de cuya Santa Iglesia me hallo ser canónigo por los grandes servicios contraidos en el sitio de Gerona.»

Don Miguel Agustin Príncipe, en su *Narracion histórica de la Guerra de la Independencia*, no sólo da fe á la noticia del asesinato de Álvarez, sino que á lo escrito por Toreno añade: «La estampa que la empresa de esta obra reparte á los suscritores, relativa al hecho atroz de que hablamos, representa al ilustre Álvarez en el acto de ir á terminar en el garrote una vida llena de gloria.» Y con efecto, va unida á la página precedente una lámina que representa al héroe con soldados en su derredor y el sacerdote que le auxilia á su derecha; todo de puro capricho.

Don Modesto Lafuente, en la *Historia general de España*, dice: «Desearíamos que ningun indicio hubiera podido confirmar sospecha tan terrible; mas, por desgracia, noticias oficiales, pedidas al parecer por el Gobierno español, y fundadas en el testimonio de testigos oculares que reconocieron el cadáver, confirmaban, en vez de desvanecer, el recelo que se abrigó acerca de la muerte del héroe de Gerona, sobre lo cual nos abstenemos de hacer reflexiones, propias para atormentar todo corazon sensible.»

Don Raimundo Balart, en el *Obsidium, oppugnatio et defensio urbis gerundensis*, canto latino, que dedicó al Segundo Marqués de Gerona, dice así:

«Morirás en tu patria; pero tu patria ignorará dónde, y cómo, y por qué, y en qué hora. Morirás en un establo y entre caballos enemigos. Pero la Fama se encargará de decir con qué tormentos, á duras penas creidos en la posteridad, te hicieron sucumbir tus verdugos.»

Diaz de Baeza, en su *Historia de la guerra de España*, dice: «Volvió en sí el dignísimo gobernador D. Mariano Álvarez, y el día 23 de Diciembre le sacaron los franceses de la ciudad y le condujeron á Francia. Poco despues le volvieron á España y le encerraron en Figueras en un calabozo, donde hay razones muy fuertes para creer que le quitaron al instante la vida, sin duda por orden

de Napoleon ; el héroe de la Francia fué en España un asesino envidioso y ruin.»

El presbítero D. Ignacio Calonge, en *El Pabellon Español*, recopila cuanto han escrito Toreno, Príncipe y Beramendi, y añade á lo estampado en *Victoires et conquêtes* lo siguiente: « Los franceses pisan brasas, y no se atreven á sentar el pié en lo más quemante del hecho.»

Más adelante dice: « No habrá español alguno que al saber el triste fin de tan valiente militar no se llene de justa indignacion contra el vil proceder de sus asesinos.»

Victoires, conquêtes, etc., hace una confesion capaz de interpretaciones muy desfavorables á la Francia. «El gobernador Álvarez, dícese en aquella obra, enfermo en los momentos de la capitulacion, fué enviado al castillo de Figueras, donde murió pocos dias despues. El ejército fué el primero en sentir que aquel respetable oficial no hubiera sido tratado por el mariscal Augereau con todas las consideraciones debidas á su patriotismo, á sus virtudes y á su abnegacion.»

M. A. L. A. Fée, en *La España con cincuenta años de intervalo, de 1809 á 1859*, segunda de las dos obras que escribió sobre nuestro país, dice, al pasar por Gerona: « El general Álvarez estaba casi espirando cuando se rin-

dió la ciudad. Se le condujo á Figueras, donde murió casi inmediatamente en la prision. Esparcióse el rumor de que lo habiamos envenenado, y esa acusacion está bien claramente formulada en las historias españolas de la guerra de la Independencia. Pero ¿ á qué deshacerse de aquel oficial? ¿ Qué iba á ganar en ello la Francia? El ejército, que sabía apreciar el valor desgraciado, criticó agriamente al mariscal Augereau el no haber tratado á su prisionero con más consideracion, y esto es quizás lo que ha dado lugar á la acusacion de envenenamiento que pesa sobre nosotros.»

Napier dice: « Álvarez murió en Figueras, dirigiéndose á Francia; pero mientras la virtud y el valor sean apreciados en este mundo, se tendrá respeto por la memoria de aquel valiente, y si Augereau olvidó lo que se debía á tal hombre, la posteridad le hará justicia.» Poco ántes habia dicho: « Los escritores franceses y españoles dicen que Augereau trató á Álvarez con un rigor y un desprecio que excitaron general indignacion.»

Schépeler, ántes de prorumpir en aquella exclamacion con que hemos terminado el discurso, dice: « Álvarez curó en la casa que ocupó desde el principio del sitio; las bombas la habian taladrado, pero sin llegar nunca á su habitacion. La noche del 23 fué conducido á Francia en un carruaje; pero, á consecuencia de órdenes más altas, fué llevado de nuevo á Figueras. Un consejo de guerra

debía condenarle allí á muerte por haber faltado á la palabra de honor dada en Barcelona, cuando repentinamente se supo que habia muerto. Los catalanes dicen que el enemigo le dió un veneno ó lo asesinó en su calabozo.»

No acabariamos de estampar citas y citas sobre la muerte del héroe de Gerona, si acudiéramos á los cien libros y folletos que con más ó ménos extension, segun su objeto, tratan asunto tan admirable como el sitio de la que en alguno se llama la *Reina del Ter*, por sus nunca bastante alabados servicios á la patria. Sólo lograríamos ya, sin embargo, cansar áun más la atencion, que debe estar fatigada, de nuestros lectores, sin darles más luz sobre un acontecimiento que los historiadores franceses dejan siempre envuelto en las tinieblas más densas, y del que los periódicos oficiales y la correspondencia, sobre todo, del emperador Napoleon no se ocupan ni por incidencia. El silencio de la última, sobre todo, es significativo en extremo; porque allí donde, como vulgarmente se dice, no se movia una mosca sin permiso del amo, del grande hombre, que de todo se ocupaba y nada permitía hacer sin su conocimiento y órden, es muy extraño que se trajera y llevára al general Álvarez, al gobernador de Gerona nada ménos, de un lado á otro, á España particularmente, sin expresa disposicion suya, directa ó por conducto de su Mayor general. Ese silencio significa, pues, por lo ménos, un misterio que no puede ser sino ofensivo á la magnanimidad de Napoleon.

Álvarez se habia repuesto en Francia de su gravísima

dolencia; no habia, de consiguiente, para qué traerlo á España por motivo de su salud, que, despues de todo, no habia de tener tampoco el Emperador por muy preciosa. ¿A qué, pues, se le traia, separándole de su ayudante y de sus criados, se le conducia con tantas precauciones y se le alojaba en cuadra tan lóbrega é inmundas? Es indudable que con un objeto siniestro; y el más probable es el de someterle á un tribunal en el sitio mismo en que se queria suponer habia cometido un delito, y donde queria castigársele para escarmiento de sus indomables compatriotas.

No hacía muchos meses que se habia hecho otro ejemplar en Barcelona con ocho insignes patriotas, á quienes se ejecutó bárbaramente, creyendo así sofocar el gérmen de la sublevacion que se suponía elaborándose dentro de aquella plaza.

Mas por eso mismo, y á pesar de tanto y tanto documento expresando la opinion de haber sido Álvarez asesinado, toma la nuestra rumbo diferente. Aquélla es la más generalizada y tuvo naturalmente origen en el espectáculo del cadáver cárdeno y escuálido del General, tendido en unas parihuelas, *cama imperial* que sostenia, sin embargo, la mole de un gigante de valor y de noble y generosa pertinacia, terror que habia sido de los mismos que así lo insultaban ahora, que ya no podia defenderse. Esa opinion, además, creció y se hizo casi universal á impulsos del patriotismo, que la explotó para la continuacion y el éxito de la guerra. ¿Qué podia, con efecto, encender más los ánimos de los españoles, de los catalanes sobre todo, que la noticia de alevosía tan cobarde?

Nosotros, pues, creemos que se traia á Álvarez á Es-

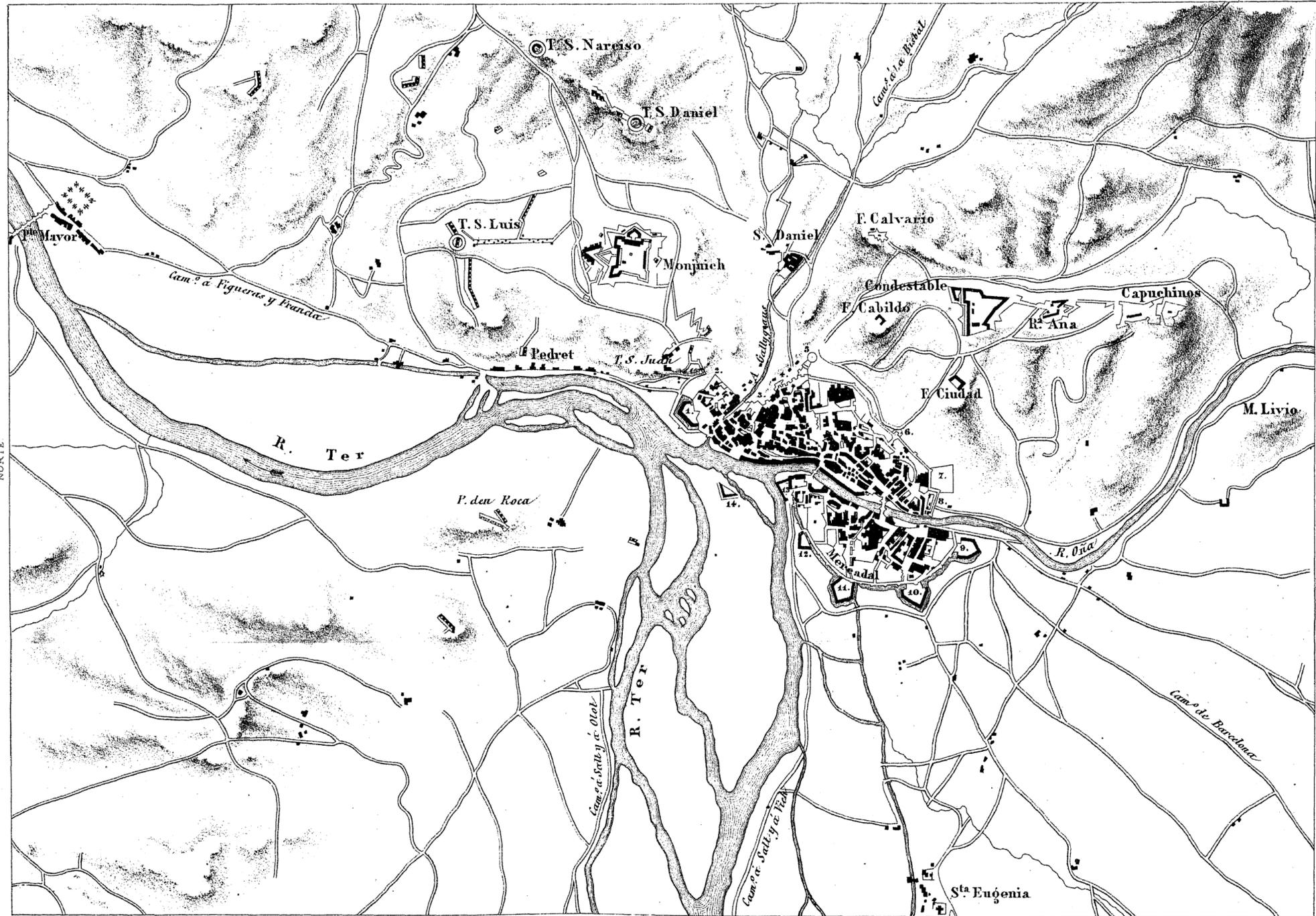
pañía con el pensamiento de una ejecucion ruidosa, que impusiera á los españoles; pero que un accidente, nada extraordinario en el estado de su salud, tan quebrantada, y de su ánimo, agitadísimo por fuerza, cortó el hilo de sus preciosos dias. Para la perpetracion de un delito tan enorme, de crimen tan horrendo como el asesinato del héroe, se hubiera elegido otro sitio, la ciudadela misma de Perpignan ú otro lugar apartado; nunca la tierra española, donde habria de ser descubierto y escandalizar al mundo.

FIN.



PLANO DEL SITIO DE GERONA EN 1809.

ESTE



- | | | | | |
|---------------------------|---------------------------------|------------------------------------|------------------------------|-----------------------------|
| 1= Baluarte de S. Pedro. | 4= Brecha de S. Cristóbal. | 7= Baluarte de la Merced. | 10= Baluarte de Santa Clara. | 13= Baluarte de Figuerola. |
| 2= Brecha de Santa Lucia. | 5= Alemanes y T.º de Gironella. | 8= T.º y puerta del Carmen. | 11= Baluarte del Gobernador. | 14= Bateria de San Narciso. |
| 3= Baluarte de Sarracina. | 6= Puerta del Socorro. | 9= Baluarte de S. Francisco de P.ª | 12= Baluarte de Santa Cruz. | |

